

MODERNIZACIÓN VERSUS DESARROLLO UN REPORTAJE A CELSO FURTADO *

¿Cuál es, en líneas generales, la apreciación crítica que hace del modelo económico implantado en el país después de 1964, que en rigor no es un modelo rígido ya que sufrió alteraciones a lo largo de ese período?

Diría que el modelo sólo se define a partir de 1967. Del 64 al 67 se vive un período que se puede llamar preparatorio. En el 64, la economía brasilera estaba en una fase de subutilización de su capacidad. En los años 50 se ampliaba la base del sistema industrial brasilero. La creación del Banco Nacional de Desarrollo Económico (BNDE) obedeció, exactamente, ese objetivo: ampliar la infraestructura, financiar grandes plantas siderúrgicas, la construcción naval, en fin, crear un sistema industrial moderno, en gran parte con financiación estatal y amplios subsidios, particularmente cambiarios. Esa base industrial representaba un abanico de posibilidades. ¿Qué hacer con ella, en qué dirección orientarla? Por eso entre 1960 y 1964 hubo un período de búsqueda. ¿Qué producir? ¿Automóviles o camiones? ¿Equipamientos para la industria o bienes de consumo? A partir del 64, existió un esfuerzo de modernización, pero, en rigor no fue tomada ninguna decisión con relación a la orientación del desarrollo. La impresión que se tiene es que se esperaba que la cosa brotase de la lógica del propio sistema industrial.

A partir del 67 es que se define el sentido del desarrollo, cuando se privilegia el sector de bienes durables de consumo. Aquella base industrial va a ser canalizada entonces hacia la expansión de la producción de esos bienes. Las grandes industrias que se dedican a ese tipo de actividad representan hoy un segmento fundamental de la economía brasilera. Ya existía una base segura, creada en los años 50, sobre la cual se erigió y expandió ese escalón superior. Por lo tanto, hablar del modelo económico brasilero después del 64 significa, en cierta forma, referirse al modelo 67/68, cuando se define plenamente su orientación y comienza una expansión que dura hasta los años 73 y 74.

En virtud de la existencia de capacidad ociosa en el sistema, a la cual me referí, fue posible la enorme expansión que se conoce: en un período relativamente corto se multiplicó por tres la producción de bienes durables de consumo. Además, hoy se vuelve a hablar de capacidad ociosa y posibilidad de expansión, porque a partir del 73 existió un nuevo intento de ampliación de la base industrial brasilera, con las financiaciones del BNDE orientadas directamente hacia el sector de equipamientos. Hoy tenemos un sistema sobredimensionado en lo que respecta a la producción de equipamiento, sector donde la capacidad ociosa puede evaluarse en un 50 por ciento.

Se amplió la estructura desde el punto de vista físico, porque el Estado la financió por medio del BNDE. Pero no se puede ampliar la capacidad de producción de equipamiento, o bienes de capital, sin ampliar, simultáneamente, la capacidad de financiación, pues nadie vende equipamientos sino a plazos largos, de cinco a diez años. Por lo tanto, es preciso aumentar también la tasa de ahorro. Y lo curioso es que en la evolución de ese modelo, del 64 hacia el presente, la única cosa que no se hizo efectivamente fue modificar la tasa de ahorro.

Hoy está en el orden del 18 por ciento, no muy diferente de la del 61. La diferencia fundamental entre hoy y el 61 está en la tasa de inversión, que ha alcanzado el 24, 25, 26 por ciento, cuando antes era del 18, 19, 20 por ciento.

¿A qué atribuye ese estancamiento de la tasa de ahorro?

En realidad, ella deriva en parte del propio modelo de desarrollo. En la medida en que éste está orientado hacia la producción de bienes durables de consumo, una parte considerable de la capacidad de ahorro se aplica a la compra de estos bienes. En cierta forma, existe una capacidad de ahorro mayor, sólo que ella no aparece en la contabilidad nacional, en la medida en que el dinero se gasta en la compra de bienes durables. Un buen ejemplo es el de las financieras, que llegaron a captar entre el 15 y el 20 por ciento de todo el ahorro nacional, pero para financiar la compra de bienes durables.

Resulta extraño que el esfuerzo hecho por medio del ahorro compulsivo apenas compensó el desvío del ahorro del sector privado hacia el consumo. Hoy, una gran parte del ahorro se destina al consumo. Y lo que el Estado consiguió fue, por medio del Programa de Integración Social (PIS), del Programa de Formação do Patrimônio do Servidor Público (PASEP) y todos esos fondos del llamado ahorro compulsivo, compensar aquella pérdida, manteniendo así el mismo nivel de ahorro. Ustedes pueden preguntar: ¿pero cómo se alcanzó una tasa de inversión tan elevada con una tasa de ahorro tan magra? Es simple: por el endeudamiento externo y por la inflación, que es una forma de ahorro compulsivo. Tanto es así que ahora, para utilizar plenamente la capacidad

* El texto de este reportaje apareció originariamente en portugués en el diario *O Estado de São Paulo*, el 20 de enero de 1980. Actuaron como entrevistadores Lourenço Dantas Mota, Frederico Branco, Brás José de Araujo y Antonio Carlos Pereira. La dirección de *Crítica y Utopía* agradece al autor y al periódico mencionado el poder ofrecer aquí la versión en castellano.

productiva del sistema industrial, que creció en virtud de la ampliación del sector de bienes de capital, el gobierno necesita accionar aquellos dos motores, es decir, la inflación y el endeudamiento externo.

Ese modelo -en el cual la inflación y el endeudamiento externo son los que en verdad proporcionan el ahorro y en el cual se privilegia el consumo de bienes durables- ¿favorece el verdadero desarrollo o apenas una modernización?

Para los hombres que están en el gobierno esto es desarrollo, porque lo identifican con la acumulación de bienes. Para ellos, lo que importa es que el sistema industrial produzca bienes, aunque sean superfluos, y aunque esto cree enormes distorsiones sociales. Para los economistas que se limitan a manipular sus indicadores esto es desarrollo. En cuanto a mí, he insistido en la diferencia entre modernización y desarrollo. Pienso que el primero no es más que un desarrollo mimético: primeramente la sociedad crea hábitos nuevos en ciertos sectores de consumo y enseguida adapta su estructura a ellos.

¿Podría dar un ejemplo concreto?

El Brasil es un óptimo ejemplo. Hay otros, que están también en la posición de economías dependientes. En esos países, la "expansión del consumo", el "crecimiento", el "desarrollo" o el "aumento del ingreso per capita", como lo quieran llamar, se basa inicialmente en un crecimiento de la productividad económica, no de la productividad física. Me explico: cuando pasamos de una agricultura de subsistencia a una agricultura comercial de exportación por el hecho de participar en la división internacional del trabajo- elevamos nuestra productividad. Producir café para exportar da más que producir choclo para el consumo interno. Es lo que los economistas llaman "ventajas comparativas". La ventaja comparativa eleva la productividad económica de un sistema sin modificar su técnica de producción, sin cambiar su forma de producción.

Ahí reside el origen de nuestra forma de desarrollo. Primeramente, elevamos la productividad económica, como resultante de la inserción en el sistema de la división internacional del trabajo. Así obtenemos mayor renta. Con ese excedente, modernizamos la sociedad, creamos una vida urbana moderna, una fachada moderna. Asimilamos una forma de vivir que, allá afuera, correspondía a, una acumulación efectiva. El progreso tecnológico, necesario para producir desde las cosas más simples hasta el automóvil, se realizaba afuera. Donde hay una expansión de la renta, un aumento de la productividad económica, pero no una modificación de las formas y de las técnicas de producción, lo que existe, en realidad, es modernización y no desarrollo.

Cuando un país se moderniza en esos términos, se encuentra luego con el problema de la nueva demanda, que va a condicionar la asignación de recursos en el sistema. Y como la demanda está siendo teleguiada desde afuera e intenta permanecer a la par de lo que pasa afuera, esa nueva demanda exige recursos crecientes del sistema. Y en el momento en que éste, por causa de la división internacional del trabajo, ya no provee esos recursos, como fue el caso de la crisis del café en el Brasil, entonces esos recursos deben buscarse en otro lugar. Ese "otro lugar" es la sustitución de las importaciones, es la industrialización al servicio de la modernización, que fue exactamente lo que pasó en el Brasil. ¿Cómo se da la industrialización brasilera? Primero surge la demanda provocada por la modernización de la sociedad y luego se construyen las industrias -como la automovilística- para una demanda ya existente. Es un poco la inversa de la forma tradicional de desarrollo, en la cual la oferta va produciendo cosas nuevas y condicionando la evolución de la demanda.

¿El nuestro es, entonces, un caso original?

Es un caso histórico específico. No reproduce la forma tradicional de desarrollo. Es un nuevo tipo de desarrollo, que tiene su lógica propia y precisa ser estudiado como caso aparte. Este fue el tema de uno de los grandes debates de la década del 50, es decir, saber si el desarrollo brasilero exigía o no una teoría propia. Surgió de ahí la discusión con el profesor Gudín, quien decía más o menos lo siguiente: "Esos niños no saben economía y por eso imaginan que puede haber una ciencia económica para el Brasil. Eso no es posible, porque la ciencia, por definición, debe ser universal".

¿Fue a partir de su actuación en la Cepal que llegó a aquella conclusión con relación al caso brasilero?

Desde que estudiaba economía en Europa buscaba entender el problema brasilero, el Brasil y sus características distintivas. El ansia de comprender al Brasil, que Gilberto Freyre cuenta que lo asaltó cuando estudiaba en los Estados Unidos, yo lo sentí también cuando estudiaba en Europa. ¿Por qué Brasil permanece atrasado? ¿Por qué Brasil es así? Esas eran las preguntas que me hacía. Me casé con ese problema, se puede decir así, y escribí diez libros sobre Brasil buscando una explicación.

A los 28 años, cuando fui a la Cepal, encontré un grupo de jóvenes de toda América Latina que habían estudiado

en los Estados Unidos, principalmente en Harvard. Creo que el único que había estudiado en Europa era yo. De ese grupo, los que tenían una experiencia más rica y una visión más nítida de los problemas eran los provenientes de Argentina, indiscutiblemente el país más adelantado de América Latina. Argentina tenía una experiencia más rica que la nuestra. Por el estudio del comportamiento atípico de la economía argentina frente a la economía internacional, Raúl Prebisch, que era el líder del grupo y ya de más edad, comenzó a establecer hipótesis nuevas y creó la teoría del centro-periferia. De acuerdo con esa teoría, el capitalismo no es homogéneo, ni obedece a una lógica lineal. Presenta, en cambio, rupturas, discontinuidades importantes. También, la teoría que distingue modernización y desarrollo nació de las discusiones e intercambios de experiencia dentro de la Cepal. Todo eso es fruto del debate que entonces iniciamos allá sobre el desarrollo atípico, o específico, de América Latina. Esa es la génesis de la escuela estructuralista latinoamericana.

¿El gran debate entre los estructuralistas y los monetaristas comienza en esa época?

El primer trabajo teórico de la escuela estructuralista latinoamericana fue escrito por Raúl Prebisch, como consultor de la Cepal, y se llamaba "La América Latina y sus principales problemas". Lo traduje inmediatamente al portugués y lo hice publicar en la *Revista Brasileira de Economia*, que era dirigida por el profesor Gudin. Esto puede causar cierta perplejidad. La explicación es que el profesor Gudin, que yo conocía bien en esa época, era gran admirador de Prebisch. Cuando fui hacia Chile me dijo: "Celso, pida a Prebisch que abandone esas tonterías de las Naciones Unidas y venga a Brasil, pues lo precisamos aquí para hacer la reforma del Banco Central. Necesitamos crear un sistema monetario y bancario moderno". Prebisch había sido el presidente del Banco Central argentino desde su creación hasta la llegada de Perón al poder, y había formado el primer equipo latinoamericano de economistas de alto nivel. Por eso merecía el respeto del profesor Gudin, que leyó el texto de Prebisch y lo mandó a publicar inmediatamente.

Al año siguiente traje nuevo material sobre el mismo asunto, un trabajo del equipo de la Cepal, pero redactado, en lo esencial, por Prebisch. Traducido por mí, fue también publicado en la revista. Ahí, el profesor Gudin reaccionó: "Celso, esa nueva doctrina heterodoxa lleva al corporativismo, al obscurantismo, al proteccionismo exacerbado". Como ven, esas teorías fueron vehiculizadas por primera vez en el Brasil por el prestigio del nombre de Prebisch y porque el profesor Gudin, como hombre de tradición académica, tenía respeto por las ideas. Pero a partir de la publicación del segundo trabajo, Gudin resolvió abrir un debate. Invitó al Brasil, para discutir aquellas ideas, a algunos de los economistas de mayor prestigio mundial de la época, todos ortodoxos. Vinieron, leyeron los trabajos de la Cepal y rebatieron nuestras tesis. Consideraron que todo aquello era algo propio de quien no sabía economía de verdad, con aquella arrogancia de los profesores universitarios anglosajones cuando leen cualquier cosa que venga de la periferia.

Sin embargo, esto no impidió que esos hombres se interesaran por el problema de la teoría de desarrollo y que sea justamente de ellos la primera bibliografía importante sobre el asunto. Todavía recuerdo la observación del profesor Robinson, que era el director de la London School of Economics: "Todo, eso es una tontería. Para el problema de la inflación que ustedes enfrentan aquí, por ejemplo, basta crear un Banco Central y controlar la emisión de papel moneda. Y, en cuanto al problema del desarrollo, es también, una bobada. Esto no existe. Lo que existe son los problemas propiamente dichos de racionalidad económica, o sea, de asignación racional de los recursos".

Veán, entonces, que fue en el Brasil donde se realizó el primer gran debate moderno sobre desarrollo, suscitado por las reflexiones de la Cepal. Las tesis de la Cepal nacieron en Santiago de Chile, pero proliferaron aquí. Y ellas son importantes, tanto que durante un cuarto de siglo dominaron el pensamiento económico latinoamericano. Y voy más lejos: en todo el mundo el problema del desarrollo es discutido a partir de las ideas surgidas aquí, en América Latina.

¿En qué momento se pasa de la reflexión teórica a la formulación de una política?

Existió primero, como es normal, un debate a nivel propiamente teórico, para saber si el cuadro conceptual que se intentaba crear era o no coherente, si tenía o no validez explicativa. Se pasó, enseguida, a una fase más difícil, cuando se comenzó a discutir las implicaciones de aquellas teorías en la política. Entonces se trataba de determinar qué hacer. Puesto que teníamos aquella visión del proceso de desarrollo de América Latina, debíamos marchar directamente hacia una política que condijese con ella.

Hasta entonces, el esquema era simple y puede ser resumido así. ¿Qué es el desarrollo? Es la elevación del nivel de vida de una población. Es la diversificación del consumo. ¿Qué es la diversificación del consumo? Un aumento relativo de los bienes manufacturados, de los bienes durables. Ese modelito era conocido. Por lo tanto, quien pensaba en desarrollo pensaba en términos de aumento de la oferta de bienes manufacturados. ¿Qué posibilidades existen para esto? Una es la importación. Pero alrededor de 1950 estábamos con nuestra capacidad de importación estancada hacia veinte años. El coeficiente de importación del Brasil, es decir, la importación

sobre el ingreso, que era entre el 11 y el 12 por ciento en 1930, había bajado al 6 por ciento. La otra posibilidad era la industrialización. Esta se presentó entonces para nosotros como una necesidad inevitable y no como una opción voluntaria. Y, concomitantemente, nació en América Latina una teoría original de la industrialización, diferente de la teoría clásica de la industrialización atrasada.

La consecuencia de todo eso fue la necesidad de que se creara una infraestructura, más precisamente un sistema financiero adecuado, pues sin él no existe industrialización. Comenzamos a estudiar cómo preparar a los países de América Latina para que se equiparan con los medios necesarios para enfrentar la industrialización inevitable. El debate provocado por nuestras propuestas creció aún más. Muchos afirmaban que se trataba de intervencionismo estatal, que se intentaba entregar la economía al Estado. Los integrantes de la escuela del profesor Gudin afirmaban más o menos lo siguiente: "El Estado debe limitarse a utilizar sus instrumentos más simples y clásicos, como las políticas monetarias y fiscales, etcétera". Los profesores Gudin y Gouvea de Bulhoes escribieron varios artículos criticando nuestras propuestas. Prebisch y yo respondimos. En fin, hubo un gran debate público sobre ese problema en la primera mitad de la década del 50. Es interesante observar que en esa época Roberto Campos estaba con nosotros y también, claro, fue muy criticado.

A su parecer, a quien debe caberle la tarea principal del desarrollo: ¿al Estado o a la sociedad?

No puedo concebir el Estado sino como parte de la sociedad y el gobierno sino como expresión de esa misma sociedad. El Estado en sí es un conjunto de instituciones. El comando del Estado, que es el gobierno, tiene que ser la expresión, la representación de las fuerzas reales de la sociedad de la forma más amplia posible. Por lo tanto, no separo una cosa de la otra. El proyecto de desarrollo que una sociedad adopta ha de resultar de un amplio debate, de una conciencia crítica. En aquel momento existió un debate que elevó el índice de percepción crítica, o sea, fue posible tomar decisiones dentro de un horizonte rico en opciones.

Brasil tiene una historia original. No puede ni va a imitar a nadie. Nuestras condiciones de subdesarrollo, de dependencia, llevan a nuestro país a una historia que le es propia. En un país como Brasil la política exige mucha imaginación, mucha creatividad, y eso sólo es posible en una sociedad abierta, que se puede manifestar. La tecnocracia puede ser muy eficiente, pero nunca imaginativa.

El modelo de sociedad cerrada destinado a acelerar el desarrollo fue, en parte, inventado en los Estados Unidos para ser exportado a los países dependientes. Fueron los especialistas norteamericanos en ciencias políticas los que formularon la tesis que podríamos simplificar así: "Lo que ustedes precisan es eficiencia. Todo ya fue pensado antes, por nosotros. Las computadoras pueden ampliar su capacidad de eficiencia, de acción, etcétera". Ese modelo corresponde a cierta visión del mundo en la cual sólo nos adaptamos a las necesidades del sistema global, tales como son vistas por ellos. Así no vamos a crear nuestra historia. Nuestra historia sólo puede ser creada si nuestra sociedad tiene capacidad de autocriticarse, de pensarse, de inventar.

¿Cómo ve hoy el atraso de la economía brasilera, cuestión que, como usted dice, siempre mereció su mayor interés?

Con relación al Brasil sería más apropiado hablar de atraso al nivel de la sociedad, en primer lugar, y no de la economía. El atraso es de la matriz social del Brasil que, en realidad, cambió muy poco. Particularmente cuando vamos a ciertas regiones comprobamos que sólo ahora la sociedad brasilera da muestras de transformaciones cualitativas de cierto significado. Ella siempre evolucionó dentro de un sistema paternalista de dominación social muy estricto. Y esa evolución se caracteriza todavía por una tendencia al corporativismo, que viene de nuestro origen portugués.

Ahora bien, con relación a la economía propiamente dicha, una de sus características es la heterogeneidad, resultante del hecho de que primero existió una modernización y sólo después la economía se preparó para atender las exigencias de esa modernización. Fueron los requerimientos de determinados sectores de la sociedad los que indujeron la instalación de un sistema económico moderno. Los demás sectores, que no presentaron aquellas exigencias, quedaron acoplados o ligados a una economía de gran atraso.

Por otro lado, una economía que se desarrolla para responder a las exigencias de la modernización tiende a aplicar técnicas ya comprobadas. Es claro que, si preciso el automóvil, no voy a inventarlo de nuevo. Verificaré quién sabe hacer automóviles y, naturalmente, aprovecharé su técnica ya comprobada. Es más barato y más fácil. Ahora bien, ¿eso a qué conduce? El sistema productivo se desarrolla a partir de los bienes finales, acumulando atraso en los productos de base.

En cuanto al equipamiento para esa industria, resulta más fácil importarlo. En ese sistema, no existe la creación de tecnología.

¿Fue lo que pasó con la industria automovilística?

Fue lo que aconteció con toda la industria de bienes durables de consumo en Brasil. Desarrollamos una industria que hoy tiene una dimensión mundial y una economía de escala que está en la vanguardia de la utilización de las técnicas, etcétera; pero, la concepción de las máquinas de esa industria no puede ser reproducida aquí, porque fue pensada afuera. Por eso digo que el sistema industrial brasileiro no es propiamente atrasado, es enclenque, desequilibrado.

Para intentar explicarme mejor, trataré de colocar el problema en una forma diferente. La verdadera industrialización que se dio en el mundo, en Inglaterra y en el Japón, para citar sólo dos ejemplos, se hizo a partir de la idea de un sistema y no de una industria. No se trataba de tener industrias, sino de tener un sistema industrial: El Japón, aún antes de la restauración Meiji, ya comenzaba a instalar su industria de base. Se orientó directamente hacia la industria mecánica, porque en esa época tenía un interés militar fundamental para el país. Por eso, allá, la evolución consecuente va a ser de ese sistema y no de industrias aisladas.

En una economía como la nuestra primero se da la modernización, o sea algunos sectores de la sociedad exigen determinado tipo de producción. Como existe escasez de recursos, de divisas, se trata de optimizar los recursos disponibles y, así, importar todo lo que se puede. En ese caso, la parte más compleja del sistema, que es la producción de equipamiento y de tecnología, queda afuera. Se tiene, entonces, sólo una parte del sistema industrial. De allí que hable de desequilibrio. Esto no es una crítica a nuestra industrialización, es un intento de comprenderla. Resulta preciso entenderla tal como es. No diría que el Brasil tenía opciones muy diferentes de las que adoptó.

Cuando comencé a pensar en nuestro país y escribí la *Formação Economica do Brasil*, yo me planteé muy seriamente esta cuestión: ¿por qué acumulamos atraso en el siglo XIX? Por último, Brasil tenía un Estado estructurado, estable, y disponía de recursos, de medios. A pesar de ello, no llegó a formular un proyecto, a formar un liderazgo. O mejor, existió el caso de Mauá, pero no llegó a hacer escuela. Si el Brasil, en la década del 80 del siglo pasado, cuando se encamina por el sendero de la industrialización, hubiese tenido una política como la que Hamilton formuló para los Estados Unidos a comienzos del siglo XIX, si Mauá hubiese tenido apoyo suficiente y si hubiese creado la matriz de un sistema industrial, hoy seríamos un país diferente. Una matriz, bastaba eso.

Y surge entonces un problema directamente ligado a la división del Brasil en regiones y a una especie de tiempos históricos diferentes existentes en el país. La región que tenía más condiciones para el desarrollo, por ser más rica, era San Pablo. Al mismo tiempo, era la menos preparada para lograrlo, pues tenía todas las facilidades para inclinarse hacia la modernización. El pensamiento que imperó parece haber sido: "quien puede importar no va a fabricar". Existían condiciones para que prosperara la modernización, y fue lo que ocurrió. La victoria de esa política, que se da con Campos Salles y Joaquín Murinho, llevó al Brasil a transformar su industrialización sólo en un complemento de la economía de exportación de productos primarios y no en una matriz. Este *es* un elemento fundamental para entender lo que vendrá después.

¿Es un punto de ruptura?

Exactamente. Y no deja de ser significativo el hecho de que Murinho sea el economista, el político económico más apreciado y elogiado del Brasil, especialmente por el profesor Gudin y su escuela. Las demás regiones, como Minas Gerais y el Nordeste, por ejemplo, no tenían las mismas opciones que San Pablo y consecuentemente no podían pensar seriamente en la definición de la política de desarrollo. Por lo tanto, prevaleció la política de San Pablo, que era la región más rica.

No se debe olvidar que todas las industrializaciones tardías del siglo XIX se originaron en una respuesta a determinada situación histórica.

Estimo equivocado imaginar que se pueda explicar el desarrollo de las modernas economías capitalistas por medio de la propia lógica del capitalismo. Esto sólo se explica por medio de la historia, de la situación específica de cada región. La economía capitalista, tal como la conocemos, es sólo una de las manifestaciones posibles del desarrollo capitalista. Siempre fuimos un poco llevados por varias escuelas de pensamiento a imaginar que el capitalismo es como una planta que tiene que nacer y desarrollarse de acuerdo con, una rígida y predeterminada lógica propia de acumulación, para llegar a ser lo que es. Los marxistas, particularmente, fueron llevados a pensar así, es decir, que el capitalismo conducía necesariamente a ese modelo social.

Mi reflexión me llevó a un pensamiento muy diferente, es decir, a que el capitalismo, al privilegiar la acumulación y el sector social directamente interesado en ella, abría un abanico de posibilidades. Tanto es así que hoy vemos una enorme diferencia entre las naciones capitalistas. Basta que se Compare el Japón con la sociedad inglesa, o en general con las de Europa occidental, para verificarlo. El Japón no conoció la revolución

burguesa y su capitalismo, en el comienzo, vino realmente del Estado. El Estado es el que permitió el surgimiento de aquel tipo de capitalismo y su resultado es una sociedad diferente de las de Europa occidental. Como no hubo revolución burguesa en el Japón, su capitalismo no se basa en la competencia individual.

En la medida en que nuestro capitalismo también es un poco dirigido y orientado por el Estado, ¿no se puede hacer una aproximación respecto del caso del Japón?

El nuestro también es un caso original, que tal vez todavía no comprendemos completamente, y en el cual el Estado desempeñó un papel fundamental. Pero no creo que se pueda asimilarlo al caso japonés, porque allí existió una clase que controló y dominó el Estado y que tenía un proyecto nacional: sobrevivir como nación independiente. Respecto del caso de Japón se debe tener en cuenta la existencia de los llamados "acuerdos desiguales", que los europeos imponían a las naciones más débiles, a los turcos, a los japoneses, etcétera. Esos acuerdos prevalecieron hasta el inicio del siglo XX. Sólo en esa época ellos consiguieron librarse de esa tutela. Y cuando vieron, en ocasión de la guerra del opio, la invasión de China -a la que siempre consideraron una nación inconquistable-, los japoneses formularon el proyecto de sobrevivir como nación independiente. Su capitalismo es una manifestación de ese espíritu.

Pero, volviendo a nuestro tema inicial: el abanico de posibilidades que la historia abrió al desarrollo del capitalismo, que es muy rico, nunca fue estudiado adecuadamente, porque prevaleció una concepción lineal, casi unívoca, del desarrollo de ese sistema económico y social. Partiendo de esa premisa, tenemos que comenzar a identificar qué es específico de cada realidad social e histórica. En todos los casos de capitalismo tardío del siglo XIX -como los de la Alemania prusiana, del Japón, de la Rusia zarista, que tuvo un importante desarrollo capitalista antes de la Revolución de Octubre- existía un proyecto nacional. En todos existió el control del Estado por un segmento de la sociedad: la burguesía nacional. Burguesía nacional no es sólo una clase burguesa, porque ésta existe en todos lados. No es una clase de *marchands* que hacen transacciones, que hacen negocios. La burguesía nacional es más que eso, pues pretende controlar y controlar, efectivamente el Estado, y define una política concibiendo la nación como un mercado para ella. Esto es específico de ciertas naciones, constituye el elemento político esencial en la definición de los sistemas capitalistas tardíos del siglo XIX.

Dentro de esa perspectiva, ¿cómo ve el caso brasileño?

Aquí, dada la diversidad regional, dada la diferencia de tiempos históricos existente en las diversas regiones, no se llegó a definir un proyecto global.

¿No hubo consenso?

No hubo. Cuando se estudia la historia de las vías férreas en el Brasil, se halla un ejemplo de lo que estoy diciendo. Existían grupos interesados en una red que unificara el mercado nacional y otros que estaban pensando en trazar vías para servir estrictamente a un producto de exportación, como era el caso del café en San Pablo. Entonces vemos que en el Brasil la propia continentalidad del país y la diferencia de tiempos históricos no permitió que, en un momento decisivo, o sea, en el último cuarto de siglo pasado, se llegase a un proyecto en el cual el Estado fuese el instrumento de una política de unificación del mercado y de su protección para privilegiar la acumulación en función del mismo.

La historia es lo que es. No puedo imaginarla como fruto de un determinismo, ni de una necesidad lógica. En aquel momento, cuando se abrieron varias posibilidades para Brasil, prevalecieron las fuerzas que promovían la modernización y no el desarrollo. Y eso va a marcar a Brasil, en el siglo XX, como una nación subdesarrollada.

Existió un gran "boom" de la economía brasileña que terminó en el 73/74 y que se conoce como el "milagro brasileño", vinculándose al nombre del ministro Delfim Netto. Ahora, el ministro Delfim, esta vez en el Ministerio de Planeamiento, está creando nuevamente un ambiente de optimismo en el país. Nos gustaría saber si cree en la posibilidad de repetición del "milagro".

Es fácil explicar el "boom" de la economía brasileña a partir de la segunda mitad de la década del 60. Fue la base industrial que el Brasil creó a partir de mediados de la década del 50 --expansión de la industria de bienes de capital, en gran parte financiada por el BNDE-- que permitió la expansión que vino después. Cuando, a partir del 67, se toma la decisión de privilegiar la expansión de la producción de bienes durables de consumo, la economía brasileña tenía una capacidad ociosa considerable, es decir, el nivel de eficiencia del sistema era muy bajo, se subutilizaba el capital. En consecuencia, la eficiencia del sistema pudo ser multiplicada por dos en un período relativamente corto. La relación producto-capital pasó de 0,25 a 0,50 lo que es extraordinario. Fue posible multiplicar por dos el producto nacional con un stock de capital que prácticamente ya existía.

Esa fue como la primera fase de un cohete. Y la rapidez y el ángulo de esa primera fase va a determinar todo el curso siguiente. El multiplicador actúa en todas direcciones, porque se crea un clima de optimismo, se abren posibilidades enormes de expansión. Lo grave con relación a ese período es que se creó cierta paranoia, la idea de que Brasil podría mantener, como normales, aquellas tasas de crecimiento que eran extraordinarias. Se confundió lo excepcional con lo normal, la aceleración con la velocidad, como si Brasil fuese Japón. La sociedad japonesa ahorra espontáneamente 30 por ciento o más de su renta, en cambio la nuestra, orientada hacia el consumo, por el estilo de vida que adoptamos, nunca consiguió ahorrar más del 18 por ciento.

Cómo va a actuar ahora el gobierno, cómo el ministro Delfim Netto encara todo eso, no lo sé. No conservé con él. Lo que me parece claro es que el problema actual es totalmente distinto al del 67.

En lo que dice parece estar implícito que el fin del "boom" no se debió en absoluto a la crisis del petróleo, o sea que ocurriría con o sin ella.

Exacto. La crisis del petróleo hasta hoy no tuvo propiamente efectos sobre la economía brasilera en el plano que estamos discutiendo. Hasta ahora, Brasil financió todo el aumento del petróleo endeudándose con el exterior. El aumento del petróleo se refleja sólo en el pasivo de la economía brasilera. Ese problema puede también enfocarse de otra forma: a partir del 73, el financiamiento externo tuvo que ser desviado en mayor proporción que antes a las importaciones de petróleo. Antiguamente podía usarse para otras finalidades.

Aparentemente, Brasil creyó en el 73 que la crisis del petróleo era un fenómeno pasajero. Japón, que depende totalmente del petróleo importado, que no tiene los recursos de energía hidroeléctrica que tenemos, estabilizó su consumo de petróleo desde el 74. Y eso no le impidió continuar aumentando sus exportaciones y equilibrarse. Pero aquí, la primera reacción fue la de pensar estrictamente en términos de endeudamiento. Las importaciones brasileras prácticamente se duplicaron entre el 72 y el 75, pasando de 6.000 ó 7.000 millones de dólares a 12.000 millones. Nuestro país jugó de inmediato la carta del endeudamiento no la del reciclaje. Y el resultado está ahí, pues ésa es siempre una solución de emergencia. Hoy ya es una carta quemada.

Aún así, Brasil parece que continuará jugando la carta del endeudamiento, hecho que crea un problema complicado. El endeudamiento es un juego bilateral. Resulta de una confrontación de voluntades. Y quien se endeuda negocia evidentemente en condiciones más difíciles. En el exterior no existen problemas de recursos disponibles. Allá el problema es con los agentes que administran esos recursos. Por lo tanto, es preciso saber hasta qué punto están dispuestos a continuar prestándonos. Por lo que sé de conversaciones con banqueros en Europa, muchos de ellos consideran que Brasil está alcanzando el punto límite de endeudamiento.

¿No le parece que especialmente la sociedad occidental, que estaba fundada en dos premisas: la abundancia de petróleo y su bajo costo—está pasando por una profunda alteración, como consecuencia de la elevación del precio y de la reducción de la oferta?

Este es sólo el aspecto más grave del carácter depredatorio de nuestra civilización, que está basada en la destrucción del ecosistema, es decir, en la destrucción de los recursos no renovables en forma general y no sólo del petróleo. Esto está llevando a Europa y a los Estados Unidos a repensar ese modelo de civilización, hecho que es extremadamente positivo, pues no puede haber nada más penoso, absurdo e irracional que fundar la vida del hombre en la destrucción del propio medio donde vive. El movimiento ecologista es la manifestación más ruidosa de esa nueva tendencia.

Probablemente seremos llevados a repensar la forma de urbanización adoptada en ese tipo de civilización, así como la organización espacial de la actividad económica y la orientación del progreso tecnológico. La tecnología fue orientada principalmente hacia las economías de escala, hacia la gran unidad de producción, que lleva a la concentración del poder. Hoy nadie está en condiciones de demostrar que ésa es la mejor o la única forma de tecnología. Es perfectamente posible la existencia de un sistema industrial mucho más descentralizado del que tenemos actualmente, de una nueva forma de urbanización y de una nueva relación del hombre con la naturaleza. En este modelo de civilización el hombre sufre un desgaste creciente, aún en términos de equilibrio mental. Se calcula que el 20 por ciento de la población de los países más adelantados o son desequilibrados o viven sólo para tratar a los desequilibrados mentales. Estamos entrando en una nueva fase de reflexión y debate sobre todo eso. Resido en Europa y percibo ese movimiento. La fase que vivimos puede ser comparada con la del Renacimiento. Puede ser un renacimiento o una decadencia, como la del Imperio Romano a partir del siglo IV.

¿Qué es hoy la ciencia sino una esclava, un auxiliar de la tecnología? Y qué es la tecnología sino un auxiliar de la acumulación, del *marketing*, del ansia de vender más, de producir para el desperdicio? Existió una especie de tiranía de la lógica de los medios, de la racionalidad instrumental. Los medios se transformaron en fines.

Si en Europa y en los Estados Unidos ya se llegó a la fase de la reflexión y del debate' sobre esas cuestiones, en Brasil ni se piensa en ello.

Sí, y no obstante la reflexión y el debate son aquí todavía más urgentes. Nuestra economía no puede dejar de acumular mucho, pues no satisface todavía las necesidades fundamentales de la población. Sólo hace muy poco una ciudad como San Pablo tuvo lo esencial, que es el agua para la población. En Salvador, que es hoy, una gran ciudad, ni un quinto de la población tiene acceso a servicios de agua y de cloacas. Todavía estamos por instalar el país y ya entramos en la época del desperdicio. En ningún momento podemos pensar en parar la acumulación, el desarrollo concebido en el más amplio sentido, pero tenemos también que pensar ya en reorientarlo. No podemos continuar acumulando problemas. Tenemos que repensar nuestro modelo de civilización.

Veán lo siguiente: ¿por qué un país que tiene la capacidad del Brasil para crear biomasa no posee un sistema de producción descentralizado de energía? ¿Por qué cada subregión, cada hacienda, no tiene su propia producción de energía por medio de biomasa? Debemos evitar que los mecanismos de mercado desarticulen todo eso, porque, evidentemente, quien estuviera produciendo alcohol en el interior de Maranhao o en cualquier otra parte difícilmente podría competir con la gasolina barata que llega por camión. Resulta perfectamente posible descentralizar la producción de energía en Brasil, a partir de la biomasa, para atender todo el sector rural. Esto para no hablar de la energía solar, sector en que somos privilegiados, pues tenemos, seguramente, la mayor plataforma de absorción del mundo. Todo ello abre una enorme posibilidad de descentralización de la producción de energía por medio de fuentes no contaminantes, de un nuevo tipo de urbanización, en fin, es todo un modelo de desarrollo y toda una orientación tecnológica que precisan ser repensados. Brasil va a tener que asumir el liderazgo en muchos de esos sectores. No podrá esperar que las cosas vengan de afuera. Estamos viviendo un momento de grandes desafíos y sería un error imaginar que podemos volver a los esquemas y formas de acumulación que conocimos en el pasado.

Al mismo tiempo que Brasil no puede dejar de acumular, se ve ante un comercio internacional donde el proteccionismo es cada vez mayor.

No creo que sea ésa la situación. El senado norteamericano aprobó hace poco tiempo una *trade act* que representa el fin de un largo proceso de desmantelamiento tarifario. La economía capitalista ya está en una fase avanzada de integración global. Me refiero a los países centrales del sistema, los industrializados, que presentan actualmente coeficientes de comercio exterior mucho más elevados que hace 50 años. En esos últimos cuatro o cinco años de relativo estancamiento de la economía industrial, el comercio internacional continuó expandiéndose. El único elemento de la economía mundial que continúa expandiéndose es éste, lo que no deja de ser impresionante. Parte de ello deriva del aumento del precio del petróleo, que creó medios de financiamiento para los países del Tercer Mundo, y del hecho de que éstos últimos están en una ofensiva de exportación de productos manufacturados. Estudios recién efectuados en Francia demostraron que la importación de manufacturas provenientes del Tercer Mundo han creado más empleo que desempleo. No conozco estudios similares sobre otros países industrializados, pero es posible que se compruebe en ellos el mismo fenómeno.

Uno de los temas más debatidos hoy es el de la estatización. Ella no comenzó ahora, pues tiene raíces históricas profundas en Brasil. ¿Cómo ve ese fenómeno? ¿Cree que podrá crear una abundancia burocrática inconveniente para el país? ¿Es evitable? ¿Cómo se podría detener el proceso, si es que esto, según su parecer, debe hacerse?

Todos los países de capitalismo tardío tuvieron una u otra forma de estatización. En el caso brasilero, la expansión del sector estatal en los últimos 25 años es particularmente notoria. A mi parecer, el problema no siempre es visto con objetividad. A ninguno se le debería ocurrir criticar una empresa porque es propiedad de A o B, del Estado o de una familia, sino por el hecho de ser o no eficiente.

En muchos países -en los Estados Unidos el hecho es manifiesto- un gran número de las grandes empresas tienen sus activos más importantes en manos de sindicatos. Que esos activos estén en manos de sindicatos o de 500 mil personas desconocidas poco importa, pues la verdad es que están en manos de la sociedad. La idea de que la empresa privada debe pertenecer a una familia o a una persona es algo que corresponde a cierta fase del capitalismo. Ahora la tendencia va en el sentido de que las empresas estén en manos de la sociedad. Es lo que se ha llamado capitalismo popular. No creo mucho en este capitalismo, pero es indudable que la tendencia es aquella a la que me referí.

Con relación a las empresas que están en manos del Estado, directa o indirectamente, todo depende de si se sabe qué es el Estado. Si el Estado es una burocracia centralizadora, la estatización es difícilmente aceptable. Pero vean el caso de una cadena de televisión como la British Broadcasting Corporation (BBC) en Europa es muy virulento el debate sobre si la televisión debe ser estatal o privada-, que está en manos del Estado: es una institución independiente, sujeta a crítica permanente, sometida al Parlamento y de una forma general a los

órganos o instituciones que forman la opinión pública. Nada indica que por pertenecer la BBC al Estado cree rigidez o monopolio de opinión en Inglaterra. Además, esto no impide que haya una televisión competidora en manos de un grupo privado. Ambas deben igualmente explicaciones a la sociedad sobre las razones por las cuales adoptan tal o cual línea, y aún esto es posible dentro del Parlamento.

Ese debate sobre las explicaciones que se deben a la sociedad es actualmente muy grande en los Estados Unidos, porque una gran empresa no es sino una institución pública. Para imaginar que la General Motors es una institución privada "es preciso estar realmente con la cabeza llena de derecho privatista brasilero. En la concepción anglosajona, una *corporation* tanto podría ser una ciudad como una empresa. Tanto es así que una ciudad norteamericana puede quebrar, y Nueva York casi quebró. La corporación inglesa tradicional era creada por un acto del rey y luego por un acto del Parlamento. Sólo en el siglo XIX surgió la posibilidad de que un grupo de personas pudiera crear una corporación. Antes esto era tarea exclusiva del Estado, porque se entendía la corporación como una institución pública. Consecuentemente, ella debía rendir cuenta a la opinión pública. Es por eso que los norteamericanos tienen toda esa gama de medios de control. En suma, la discusión sobre las empresas públicas y privadas debe tomar en cuenta la manera en que nosotros concebimos al Estado. Tal vez en Brasil estemos atados a cierto estereotipo del Estado que se confunde con el del Estado tal como existe en los países socialistas.

Un ejemplo flagrante de la diferencia enorme entre las corporations norteamericanas y las grandes empresas estatales brasileras es el de la Petrobrás, que se convirtió en un Estado dentro del Estado y no da satisfacciones a nadie. No se sabe cómo opera o deja de operar.

Tal vez Petrobrás, llevada por la idea de la seguridad nacional, se haya transformado en un caso extremo de empresa cerrada, que no está expuesta, como las empresas privadas norteamericanas, a todas aquellas formas de control que conocemos. Esos controles son indispensables, pues sin ellos no hay forma de evitar que una empresa como la General Motors ejerza una influencia importante sobre la sociedad norteamericana, desde la creación de empleos hasta la orientación del consumo. Ahora, con la crisis de la Chrysler, la General Motors y la Ford podrán quedar prácticamente solas controlando la industria automovilística norteamericana. Frente a ese cuadro, ¿cómo no reconocer que esas empresas deben explicaciones a la sociedad, cómo no reconocer que deben ser controladas como instituciones públicas?

El profesor Adolf Berle, que nunca fue amigo de la estatización, fue uno de los grandes abogados defensores del debate público sobre la acción y la orientación de las grandes corporaciones en los Estados Unidos. Es en ese sentido que tenemos que conducir el debate en Brasil, para que las grandes empresas, estatales o no, se legitimen por la eficiencia y por la exposición a crítica de todo lo que concierne a sus acciones y a sus fines últimos. Crítica que puede ser hecha en el Parlamento, en la prensa, etcétera. Las grandes empresas no se pueden cerrar como si el Estado brasilero debiese ser el Estado monolítico de los países socialistas, en los cuales una burocracia cerrada, secreta, dirige y toma las decisiones sin dar ninguna explicación a la sociedad.

Como se sabe, una de las cosas que los defensores de la libre iniciativa más critican en las empresas estatales es la ineficiencia. Alegan que el nivel de eficiencia es mucho mayor en las empresas privadas.

Creo que si una empresa no alcanza los patrones de eficiencia necesarios debe ser condenada, sea pública o privada. ¿Por qué medios evitar que las empresas sean ineficientes? El primer medio que los economistas imaginaron es evitar el monopolio.

Como la observación que hicieron todavía está inscripta dentro de la querrela de la estatización, es preciso decir que el crecimiento del sector empresarial estatal en Brasil no derivó de una intención o un proyecto, sino que corresponde a una imposición de la realidad. Por ejemplo, el sector de servicios públicos (transporte urbano, transporte ferroviario, etcétera) entró en rápida decadencia a partir de los años 30. Como el financiamiento ya no resultaba posible por los medios clásicos, fue preciso el financiamiento público, o sea, la sociedad tuvo que asumir esa tarea. Consecuentemente, se presentó el problema de la organización de aquellos servicios como un sector empresarial. Los franceses, que enfrentaron el mismo problema, inventaron una gama de formas de empresas que no son ni estatales ni privadas. Aquí ocurre lo mismo. Se buscó un mecanismo por el cual esas empresas pudieran ser controladas como tales y como reparticiones públicas.

¿Propondría la imposición de límites a la iniciativa privada?

De ninguna forma. Excepto los límites que la propia sociedad considere necesarios. Hay sectores, como el de la salud pública, por ejemplo, que todas las sociedades reservan para el Estado, por no querer someterlo a las incertidumbres de la iniciativa privada. En Brasil, hubo una época en que la iniciativa privada estuvo en retroceso en lo que hace a los sectores infraestructurales y consecuentemente el Estado fue llamado a ocuparse

de ellos. Según mi parecer, cuando las empresas públicas, en sus varias formas, son regidas en condiciones de igualdad con la empresa privada, no representan una ampliación de la estatización, en el sentido como ésta se entiende en Brasil.

En resumen, ¿no ve peligro en la estatización, si contamos con una sociedad abierta, que permita un control eficiente sobre las empresas públicas?

Esa sería una condición *sine qua non*. Lo esencial es tener una sociedad abierta que controle tanto las empresas públicas como las privadas y también que ambas sean eficientes. Si determinado espacio no es cubierto por la iniciativa privada, tiene que haber iniciativa pública, en tanto ello corresponde a una necesidad de la sociedad. No puede existir dogmatismo en esa cuestión: Tenemos que orientarnos por la eficiencia y por la crítica, por la transparencia de aquellos que toman decisiones, para evitar que se cree un sistema feudal de privilegios y que se formen burocracias cerradas. La centralización del poder económico es una ley de la evolución del capitalismo. Es lo que se comprueba en los Estados Unidos, donde el gran problema es cómo evitar que empresas que disponen de tanto poder sean opacas, impermeables a la crítica y al control social.

¿Cuáles, a su parecer, serían los intereses más perjudicados, si es que pueden verse perjudicados, con esa amplia democratización de la sociedad que en el fondo usted coloca como condición sine qua non inclusive para la eficiencia de las grandes empresas, públicas o privadas?

No ubicaría el problema en esos términos. Diría que el modelo brasileiro, en la medida en que concentró los ingresos, privilegió ciertos grupos y dejó amplios sectores de la sociedad fuera de los beneficios del desarrollo. Y estos sectores son los más interesados en participar en un sistema de mayor representación. Nuestro problema es cómo ampliar las bases de representación del Estado, cómo hacer a la sociedad adquirir una presencia efectiva en los órganos de decisión, en las instituciones del Estado.

Pero es posible también, como ustedes hicieron, formular la cuestión de la siguiente manera: ¿cuáles serían los sectores más perjudicados con un cambio del sistema actual? El desarrollo, en la forma en que se presentó en Brasil, sobre la base de las grandes unidades de producción, utilizando miméticamente tecnología ya experimentada en el extranjero, benefició mucho a los que tenían esa tecnología. Esto permitió que las grandes empresas multinacionales aumentasen rápidamente su espacio en la economía brasileira. Es claro, entonces, que si quisiésemos reorientar el desarrollo, subordinándolo a un modelo de sociedad que corte la tendencia a otorgar facilidades a aquellas grandes empresas, éstas serían las primeras perjudicadas. Pero ello no impide también que ellas se adapten a la nueva situación. Si mañana reorientásemos nuestra industria de medios de transporte para privilegiar el transporte colectivo de masa, las multinacionales podrían adaptarse con facilidad a esa nueva realidad, porque tienen una enorme experiencia en ese terreno. Ellas se beneficiarían y habría menos incompatibilidad entre sus intereses y los de la colectividad.

Lo que tenemos que evitar es que, buscando la línea de menor resistencia, la línea de la facilidad, impongan una solución antisocial. Sé que vamos a convivir mucho tiempo con las multinacionales. Ellas van a continuar participando de la economía brasileira, tendrán una presencia importante. Al mismo tiempo, creo que no es posible que nuestro estilo de desarrollo sea decidido por sus medios de comercialización. Es desde ese ángulo que hago mi crítica, porque sé que ellas tienen una enorme experiencia y un patrimonio tecnológico que no ceden fácilmente. Son una realidad de la economía moderna y no podemos apartarnos y pensar en Brasil fuera de ese contexto. Hoy Brasil es suficientemente grande e importante para poder buscar la interdependencia y no el aislamiento.

La apertura democrática, tal como la entiendo, o sea, la ampliación de la representación de la sociedad en las instituciones del Estado, es fundamental para que se eliminen los efectos negativos de la estatización. En una sociedad tradicionalmente autoritaria, tendiente al corporativismo y elitista en el peor sentido, como es la brasileira, la expansión de las empresas estatales acumula todos los aspectos negativos de esa tendencia sin la contraparte de los positivos. Al proseguir así tendremos una burocratización en el peor sentido, con grupos sirviéndose del control de medios que no le pertenecen para ejercer el poder en su propio beneficio, sin conseguir el otro aspecto positivo de la estatización, presente en otros países, y que es una integración del sector estatal con el espíritu público. En el exterior, la estatización es justificada, en gran medida, por el hecho de que la empresa estatal se halla guiada por una política que es la del pueblo, por el Parlamento. En Francia, por ejemplo, se discuten anualmente los planes de las empresas públicas y su política es dictada por el Parlamento. No se autodirigen. Así, su política es un reflejo del interés público. Hay aspectos negativos en la estatización, pero existen también esos aspectos positivos.

En Brasil, el sector estatal se disoció en gran parte del interés público, porque se cerró, no, se sometió a una verdadera crítica, a un debate. Orientado por la burocracia, la tendencia en aquel sector fue la rivalidad entre grupos y la lucha por la demarcación de zonas de influencia, como ocurre en toda burocracia. Lo que pasa hoy

en el sector de las empresas públicas brasileñas es la lucha entre grupos burocráticos por defender su espacio, es una especie de feudalismo.

El Estado autoritario, al limitar la posibilidad de transparencia del sector público, así como el control que sobre el mismo debe ejercer la sociedad, permitió que se crease, en el Brasil, un segmento social importante que reúne lo peor del sector privado con lo peor del sector público.

Hay una crítica para hacer a la estatización brasileña por la forma que adoptó, pero al mismo tiempo no podemos ignorar que nuestro país debía buscar formas de organización de su producción, pues no tuvo la misma evolución de otros países capitalistas. No tuvo, por ejemplo, la formación de un sector empresarial con la dimensión necesaria, como ocurrió con otros países desde el siglo XIX. Brasil quedó en una situación particular y tuvo que crear sus propias soluciones.

Sabemos perfectamente -y fui en parte responsable por eso- que muchas veces fueron creadas empresas estatales porque no había ninguna posibilidad de tener una empresa privada, como fue el caso de Volta Redonda. Nadie creó Volta Redonda como empresa pública por gusto. Ningún grupo nacional o internacional se interesó por el proyecto. Y para Brasil, el problema era tener o no siderurgia. Además, muchos otros países también tuvieron su industria siderúrgica por iniciativa del Estado.

Hoy la situación es diferente. Si quisiésemos dismantlar el sector público, las empresas internacionales podrían asumir, en gran parte, la responsabilidad por O. Pero ésta sería evidentemente una decisión de carácter político, que tendría que tomarse con claridad, es decir, no debería ocultarse. Si se pretendiese dismantlar el sector público, en todo o en parte, para entregarlo a empresas multinacionales, a mi parecer, la sociedad debería tomar conocimiento del caso y manifestarse sobre el mismo.

Uno de los problemas más discutidos últimamente es el de la concentración del ingreso, con la particularidad de que no son sólo los grupos de izquierda los que piden una distribución más equitativa. Parece haber casi unanimidad en relación con la necesidad de que se promueva una mejor distribución del ingreso, aunque existan grandes divergencias entre los distintos sectores políticos sobre la forma y la extensión de esa redistribución. ¿Cómo se coloca frente a ese problema?

Lo que caracteriza el desarrollo brasileño, particularmente en su fase más moderna, es que privilegia un segmento de la sociedad, es decir, una gran parte de la población no tiene acceso a los beneficios. El propio desarrollo acarrea múltiples cambios en la sociedad. Tomemos como ejemplo una de sus consecuencias, que es la urbanización. Todos sabemos que genera una cantidad de problemas, en los sectores de salud pública, higiene, educación. Existió una amplia insuficiencia del sector público con relación a la satisfacción de las necesidades básicas de la población y, al mismo tiempo, los frutos del desarrollo convergieron hacia un segmento de la sociedad. El salario mínimo, por ejemplo, representa hoy sólo el 60 por ciento, o como máximo dos tercios de lo que era hace 20 años. En esos 20 años, la productividad media del trabajo en Brasil aumentó dos veces y media. Por lo tanto, sería de esperar que el salario mínimo -que es la remuneración de los no privilegiados- también fuese multiplicado por 2,5. Y la situación es tal que, en lugar de discutirse por qué el salario mínimo real no fue multiplicado por 2,5, lo que se discute es por qué disminuyó un tercio.

Es preciso reconocer también que esa situación no es de exclusiva responsabilidad del gobierno militar. Es que nuestro modelo de desarrollo, basado en la modernización y en la asimilación de tecnología que viene de afuera, tiende necesariamente a concentrar el ingreso. Reproducimos aquí un modelo, un sistema de vida que tiene tras de sí, allá afuera, un nivel de acumulación muy alto. Para llegar al sistema de vida de la clase media brasileña existió en el exterior un nivel de acumulación que representa 5 a 10 veces el que hubo en Brasil. Y, en última instancia, lo que determina todo en la sociedad es el esfuerzo que hizo en el pasado, o sea, el nivel de acumulación. Ahora, si adoptamos aquí un estilo de desarrollo que corresponde a un nivel de acumulación mucho mayor que el nuestro, el resultado es que sólo podemos hacer eso para una parte de la sociedad. La mayor parte queda afuera. Esa es la lógica intrínseca del sistema, contra la cual se debe luchar permanentemente.

¿Qué propondría para revertir esa tendencia?

Primeramente, creo que se tendrían que reordenar las necesidades de la sociedad. De alguna manera ya se está haciendo hoy, en la medida, por ejemplo, en que el transporte urbano se transforma en una necesidad prioritaria. En segundo lugar, existe el problema del salario mínimo. No se puede dejar que la ley del mercado regule lo que es esencial para la sobrevivencia de la población. Todas las sociedades modernas aceptaron ese principio. Y, evidentemente, el salario mínimo no puede ser el actual. Tiene que ser mucho más alto. Si partiésemos hacia una solución de ese tipo, comprobaríamos que el ingreso que la sociedad produce tendría que ser asignado con criterios diferentes a los actuales. El nivel de consumo del segmento medio de la sociedad brasileña tendría que ser modificado para que la sociedad fuese más homogénea. En nuestro tipo de desarrollo se privilegia una forma

de consumo que lleva a la concentración de la renta. La clase media brasilera ya está luchando por el segundo o tercer automóvil. Aún en el Nordeste, la clase media ya está luchando por una segunda residencia, en la playa o en el campo.

Repito: cuando se acepta un estilo de vida que tiene tras de sí, una acumulación que aquí no existe, se excluye de él una gran parte de la sociedad. Los más débiles no pueden participar del mismo, son empujados para abajo. Y el primer sacrificado es el sector agrícola, hecho que se comprueba de inmediato cuando se comparan los precios relativos de la industria y de la agricultura. Los precios son establecidos de tal forma que los trabajadores agrícolas son siempre los más explotados.

¿Una salida sería entonces el fortalecimiento del sector agrícola?

El problema está en los precios relativos de la economía como un todo y no en el fortalecimiento del sector agrícola. Los precios relativos de una economía reflejan la relación de fuerzas dentro de la sociedad. Quien controla un monopolio, por ejemplo, aumenta sus precios porque tiene poder para ello. La industria farmacéutica tiene un gran poder, porque nadie puede vivir sin remedios, y en función de eso podría fijar precios exagerados, lo que no acontece porque el Estado ejerce cierto control. En el mundo entero pasa lo mismo. Como ven, los precios relativos reflejan relaciones de fuerza dentro de la sociedad y no el equilibrio del mercado. Por lo tanto, quien mira hacia una sociedad y ve los precios relativos existentes en ella ya sabe quien tiene poder y quién no.

Una cosa, que salta a la vista en una sociedad como la brasilera es que los precios del sector agrícola, con raras excepciones, son mucho más bajos que los precios internacionales, lo que hace que el trabajo en el campo sea muy mal pago. Ya tenemos así una gran parte de la población excluida de los beneficios del desarrollo. En el sector urbano, un tercio de la población activa de las grandes ciudades vive fuera de la ley del mercado y de las garantías sociales.

La distribución del ingreso en Brasil está condicionada, primeramente, por esa relación de fuerza más amplia que permite excluir gran parte de la población de los beneficios del desarrollo y, en segundo lugar -dentro de la minoría privilegiada- por la estructura corporativista existente en los sectores profesionales. Ahí vemos surgir nuevamente el problema de la estatización, porque la empresa estatal puede fijar sus salarios con un margen de libertad bastante amplio, ya que casi siempre está frente a una demanda totalmente inelástica. Su costo es el costo de la planilla de salarios. Y esto no ocurre sólo en las empresas estatales. Muchas empresas que trabajan para el Estado están en la misma situación, como es el caso de los estudios de proyectos de ingeniería, por ejemplo. ¿Cómo definen el costo de los proyectos? Por los costos de los salarios, más un porcentaje para los gastos generales, etcétera. En suma: los costos determinan los precios. ¿Y quién determina los costos, quién determina los salarios de los elementos de esas grandes empresas, si casi no enfrentan competencia? Son los propios ingenieros, economistas y abogados que las integran. Ellos pueden multiplicar su salario por dos, aumentar los costos y presentar el proyecto, que lo mismo será aceptado. Entonces ¿cómo se distribuye el ingreso? A partir de la relación de fuerzas de los que controlan la información, la técnica y poseen ciertas posiciones.

En la lucha por la distribución del ingreso entre grupos que tienen poder, que ejercen una posición de monopolio, que controlan la información, etcétera, ellos dividen, en el fondo, un todo que ya fue establecido previamente por la exclusión de la mayoría. Por lo tanto, la primera providencia sería ampliar la parcela de recursos que va hacia los excluidos, teniendo en cuenta que ellos no participan de la lucha. Cuando se fija el salario mínimo, ya se hace con el objetivo de sacar de la disputa una parte de los recursos. Lo mismo ocurre cuando se crean seguros sociales y cuando se destinan recursos para la educación básica. Entonces, la distribución del ingreso no es un problema estrictamente económico, sino que abarca una concepción de la propia sociedad. Y sólo podremos resolverlo si la sociedad participa en la lucha, pues es muy difícil que se pueda modificar esta situación sólo en función de la lucidez y el esclarecimiento de los que están arriba. Las presiones para apropiarse del excedente son enormes por parte de los que están arriba. Basta ver que los que son privilegiados en Brasil están diciendo que su nivel de vida está bajando, que enfrentan dificultades con el alza de precios, etcétera.

El régimen autoritario, al excluir la posibilidad de movilización de los sectores perjudicados, agravó la tendencia estructural del sistema a generar desigualdades, a ser socialmente injusto. El salario mínimo no acompañó la productividad media, porque gran parte de las fuerzas que podían luchar por eso fueron excluidas. Muchos dirán que la razón por la cual el salario mínimo era mucho más alto hace 20 años atrás es que, en la actualidad, se debe pensar mucho más en una política de creación de empleos que en hacer subir aquel salario. Pero, ¿por qué crear empleos quitando a los que no tienen casi nada? ¿Por qué no crear empleos quitando a los que tienen mucho más, a los que tienen lo superfluo? Y ahí entramos en el debate político.

Uno de los grandes temas discutidos en el inicio de la década del 60, inclusive durante el periodo en que usted era ministro de planeamiento, fue el de la reforma agraria. Ahora comienza a tratarse de nuevo. ¿Cómo veía la

cuestión en el pasado y cómo la ve hoy?

La veo de forma similar, en el pasado y en el presente. En el pasado, nunca me dejé ilusionar por la idea de que la reforma agraria es una panacea. Si ella no se inscribe en un contexto de otras medidas, puede frustrarse totalmente. Aprendí eso pronto en los países en que viví y que habían hecho grandes reformas agrarias. El caso más significativo es el de México, que sólo en el gobierno de Cárdenas distribuyó más de 17 millones de hectáreas y, en un período más amplio; más de 40 millones. Y hoy, cuando estudiamos la distribución del ingreso en México, vemos que no es muy diferente de la de los países que no hicieron la reforma agraria. Evidentemente, la reforma agraria puede ser la solución para una serie de problemas urgentes. Es el caso de los pequeños arrendatarios, que pagan una fuerte renta por la tierra y no reciben, por el duro trabajo que realizan, ni siquiera el sueldo mínimo. Pero la verdad es que, si la reforma agraria no contribuye a un uso más racional de los recursos de la tierra y del agua en el campo, su costo social es muy grande.

Para cambiar la condición de vida de la masa rural brasilera --trabajadores rurales, pequeños arrendatarios, medieros, etcétera- es preciso sopesar globalmente el problema de la distribución del ingreso porque, si la sociedad brasilera continúa exigiendo que los recursos se concentren en las ciudades, no hay reforma agraria capaz de cambiar el cuadro. En ese caso, se puede cambiar la estructura agraria, pero los intermediarios comerciales y financieros, aquellos que bien o mal fijan los precios, van a continuar dictando las reglas y la situación del campo quedará, no exactamente igual, pero no muy modificada. Por lo tanto, el primer paso para abordar correctamente el problema del campo es saber por qué los beneficios del desarrollo se concentran en la ciudad, por qué los precios relativos van contra la población rural. Y si quisiéramos modificar esa situación, será preciso tener mucho cuidado para evitar que las medidas tomadas agraven la concentración de la renta en el campo. Pues es posible, por medio del crédito y de otras facilidades, mejorar los precios relativos en el campo y beneficiar sólo a la minoría que controla los canales de comercialización o a los grandes propietarios.

¿Sería trasladar hacia el campo el modelo existente en las áreas urbanas?

Exactamente. En ese caso se favorecería un segmento de la población rural que ya es beneficiado, aunque se debe reconocer que esto pueda conducir a un aumento de la producción agrícola, en la medida en que se induce a un sector del empresariado a invertir más recursos en el campo. Como ven, todos esos problemas son interdependientes. Esa cuestión tiene dos fases: una social y otra propiamente económica, que hace a la eficiencia en el uso de los recursos. Es en esos términos que yo concebiría una política agraria, o de desarrollo, para hablar en términos más amplios, a fin de eliminar la miseria en el campo.

Cuando hice el Plan Trienal procuré separar ciertos problemas que me parecían sumamente prioritarios de otros que juzgaba de menor urgencia. Entre los primeros ubiqué la cuestión de la población más miserable y postergada del campo, aquella que no tiene acceso a la técnica, a los financiamientos, etcétera, porque no tiene siquiera base para ser incluida en los catastros.

Calculé el volumen de recursos necesarios para resolver el problema de la miseria de esa gente y concluí que la sociedad podría perfectamente asumir esa responsabilidad, porque para eso no era necesario un esfuerzo financiero tan grande como se podría imaginar a primera vista. Por lo tanto, deberíamos intentar elevar el nivel de vida de aquella categoría de la población, que es la que se sitúa más abajo. Sería un buen comienzo para mejorar la distribución del ingreso, porque la situación de los que están abajo es la que condiciona la de los que están arriba. Es el salario mínimo el que, de alguna manera, condiciona la escala de salarios.

Por todo eso, imaginé un sólido ataque, concentrado e inmediato a un problema --el de la miseria de las poblaciones rurales-- que podía ser presentado como de interés nacional y que, al mismo tiempo, no era así de solución tan difícil. Bastaría, por ejemplo, que aquellos que pagan por la utilización de la tierra, aquellos que son pequeños arrendatarios, pudiesen adquirir las tierras que trabajan --luego de expropiadas-- a un bajo costo. Así, podrían pagar, pues las tierras no serían tan caras. A mi parecer, el problema era mucho más social que económico o financiero. La reforma agraria debía ser atacada primeramente por su lado social, vinculada a un proyecto global, y nunca se debería partir de ella aisladamente, como si fuese la llave de la solución de los problemas brasileros. Como dije, contaba con la experiencia de la observación del fenómeno en otros países para no caer en la solución fácil que generalmente seduce a las personas que entienden muy poco de los problemas agrarios.

¿El Plan Trienal fue devorado por la crisis del gobierno de Goulart?

Totalmente. Hoy me pregunto a veces porque acepté hacerlo. Ahí entran razones personales...

¿Cuando comenzó a elaborarlo, ya veía las señales de la crisis que llevaría al gobierno al colapso?

Sí, estaba viendo la crisis, las tremendas limitaciones del gobierno. Es preciso tener en mente que desde la renun-

cia de Janio el Brasil no tuvo propiamente gobierno, en el sentido corriente del término. El poder del gobierno fue extremadamente limitado. La posibilidad de tomar decisiones se fue encogiendo como una *peau de chagrin*. Fue en ese ambiente que se trató de hacer un Plan Trienal. Existía una primera justificación del mismo, que era la lucha por la restauración del sistema presidencialista. Era preciso dar confianza en el gobierno. Jango iba a presentarse a la opinión pública reivindicando poderes, ¿pero poderes para qué? Para aplicar una política. ¿Qué política? Esa fue la discusión que tuve con Santiago Dantas. Y fue Santiago el que convenció a Jango de que se debería elaborar un plan, tener una política definida, y de que la persona indicada para hacer eso era yo, por mi experiencia en el trabajo de planeamiento.

¿Sería una propuesta al país?

Sí, sería una manifestación de intenciones: si ganamos el plebiscito y asumimos el poder presidencial, tenemos una política por ejecutar y con ella nos comprometemos. Esa era la visión de Santiago, que compartí y a la cual di mi colaboración, materializada en la elaboración del Plan Trienal. Fue un trabajo difícil, teniendo en cuenta los medios limitados de la época y el tiempo que tuve para prepararlo, apenas tres meses. Pero, como digo, existieron también razones personales que me llevaron a aceptar la tarea y a asumir una responsabilidad tan grande.

Durante el período parlamentarista mi situación en la Superintendencia para el Desarrollo del Nordeste, SUDENE, se volvió complicada. Pasé a tener dos patrones: el presidente y el primer ministro, pues el poder estaba dividido entre ellos. Cuando se llevaron a cabo las elecciones de 1962, sufrí grandes presiones a fin de que modificase la política aplicada para atender los intereses políticos allá en el Nordeste. Recuerdo que cuando volví de un viaje a Alemania el ministro de Transporte, Virgilio Távora, me llamó para una conversación. Me dijo que mi situación era insostenible. No tenía otra opción sino dejar la SUDENE, pues para quedarme tendría que cambiar mi línea de acción, a fin de atender los intereses electorales, y, al mismo tiempo, él sabía que yo no haría eso.

Salí de ese encuentro y telefoneé a Jango, que estaba en el Palacio das Laranjeiras, y le dije que me gustaría verlo urgentemente. "Venga ahora, pues también quería hablar con usted", fue la respuesta. Jango era una persona muy especial: muy afectivo, pero al mismo tiempo muy poco explícito, poco comunicativo. Conversamos sobre varios asuntos de orden general y en seguida le expuse la situación, contándole la conversación que había tenido con Távora y el recado del primer ministro Tancredo Neves que él me transmitiera sobre el problema de la SUDENE y de la situación política en el Nordeste. "Celso, ¿usted quiere continuar su lucha en el Nordeste?" Le respondí, que, después de tantas luchas, estaba evidentemente dispuesto a continuar. "Bien, para sacarlo de la SUDENE son necesarias dos firmas, la del primer ministro y la mía. Y a mí me cortan la mano, pero no firmo su dimisión"; fue su respuesta. Volví para el Nordeste y mi poder creció considerablemente. Pude ejecutar mis planes, tenía todos los recursos que necesitaba y no hice concesiones a nadie. Tenía esa deuda personal con Jango.

Por eso no dudé cuando me invitó a hacer el Plan Trienal: "Celso, ahora preciso de su ayuda, porque tenemos que vencer en esta batalla y sé que usted es la persona que puede hacer ese plan". Yo era un especialista en planificación económica. Fui el autor del primer manual de técnicas de planificación de las Naciones Unidas. ¿Cómo podía negarme a atender su pedido?

¿Aún sabiendo que tendría un tiempo excesivamente corto para elaborar un plan de tal importancia?

Tenía el deber de aceptar esa misión y me empeñé de la mejor forma posible, aún sabiendo que el tiempo de que disponía era absurdamente corto y que las posibilidades de llevar adelante el plan serían muy limitadas. Tanto que para mí no fue una sorpresa cuando Santiago tuvo que abandonar el Plan y todo se vino abajo.

¿Cómo fue el proceso de derrumbe del gobierno de Jango, visto por alguien que estaba dentro del mismo y en una posición privilegiada de observación?

Desde la renuncia de Janio, existió en Brasil un vacío de poder en razón del tipo extravagante de parlamentarismo que se creó. Jango insistía siempre: "No acepto esa situación. Estoy sentado aquí por cortesía. Pero no admito la idea de estar aquí sin ser realmente presidente de la República, con todos los poderes que la constitución me dio". Asistí a casi todas las reuniones del ministerio y ví cuán difícil era, en ese clima de tensión, establecer directrices. Jango canalizó todas las fuerzas para restaurar sus poderes de presidente.

Era una persona sospechosa a los ojos de las Fuerzas Armadas. Una gran parte de los militares creía que nunca debería haber asumido el poder. Para mí lo que simbolizó el gran debilitamiento del Poder Ejecutivo fue la visita de un jefe de Estado extranjero al Brasil, que era nada menos que una figura de la importancia histórica del mariscal Tito, que no pudo descender en ninguna capital de Estado, excepto en Goiânia. El presidente de la

República no tenía medios de darle seguridad para que visitase Río, San Pablo, Belo Horizonte, etcétera.

No había gobierno, sino una situación de transición hacia alguna otra cosa. No era posible pensar en términos de gobernar, de manipular medios para alcanzar ciertos objetivos. Esto era muy visible para mí, porque fui un poco una isla dentro del gobierno a partir de aquel momento en que Jango me dio su respaldo en la SUDENE. Tenía mucha autoridad porque venía de gobiernos anteriores, me entendía muy bien con los ministros de hacienda, participaba de todos los centros de decisión, era miembro del Conselho de la Superintendencia de la Moneda y del Crédito (SUMOC), y en fin, era la persona más articulada dentro del gobierno, porque hacía mucho tiempo que estaba en la cúpula de la administración.

¿Esa desorganización derivaba sólo de la situación que el parlamentarismo creó, o era también resultado del choque de tendencia ideológicas opuestas dentro del gobierno?

Creo que había una interacción de los dos elementos. En aquella situación, se intensificó la lucha de las distintas facciones para ocupar cargos. Por ejemplo, era impresionante ver cómo muchos ministros estaban más preocupados por la sobrevivencia y por la sucesión, por lo que vendría después, que por la continuidad política. Hubo momentos en que tuve la impresión de que tomar decisiones de gobierno era algo casi imposible.

¿Santiago Dantas no era una de las raras personas en el gobierno que tenía una visión global del proceso e intentaba ordenarlo?

No es precisamente que las personas no tuviesen una visión global de lo que pasaba. Además de Santiago había personas de primer orden en el gobierno. Pero gobernar significa poder coordinar decisiones y fijar orientaciones y objetivos. Y el gobierno no tenía medios para alcanzar ciertos objetivos. Era como si las cuestiones tácticas, las cuestiones de sobrevivencia agotasen las energías. Se utilizaban los medios de gobierno no para gobernar, sino para ganarse a la opinión pública. Cada uno en el fondo, en esa situación, intentaba defender lo poco que tenía en las manos. El ministro de hacienda pasaba entonces a tener un poder inmenso, porque era quien distribuía el dinero a los otros.

Yo había trabajado en los gobiernos de Juscelino y Janio y podía sentir la diferencia.

El Brasil es un país que tiene bases institucionales para que el poder sea ejercido, pero ellas se diluyeron cuando los sectores militares levantaron una sospecha con relación al presidente. Ese hombre se vio entonces en la necesidad de luchar permanente y exclusivamente por el poder, para reasumir sus poderes, y no podía luchar por su gobierno. Cuando finalmente recuperó sus poderes, ya estaba todo minado. Se puede preguntar: ¿por qué cuando recuperó sus poderes no utilizó todos los medios de que disponía para sanear la situación y jugar todo en su gobierno? El podría decir: "Ahora voy a ejercer el poder como presidente y tendré los auxiliares que necesito, inclusive el ministro de guerra que quiero. Si me sacan de aquí, la responsabilidad será de quien lo haga, y no porque fui incapaz de ejercer el poder". Pero, ahí, el temperamento de Jango y el problema de la sucesión empezaron a pesar enormemente. La lucha por la sucesión ya estaba abierta, con Lacerda de un lado, usando de todos los medios para desacreditar al gobierno y, del otro, Juscelino, tratando de ocupar un espacio mayor. La lucha por la sucesión pasó a dominar las discusiones y absorbió lo mejor de las energías.

Darcy Ribeiro, que fue ministro en la misma ocasión afirmó en su declaración que el gobierno de Goulart cayó por sus virtudes y no por sus defectos. ¿Comparte esa opinión?

El gobierno de Jango, en rigor, nunca existió. Esa es la pura realidad. Fue demasiado resistido por el sistema de poder en Brasil, sea por los sectores privados, sea por los sectores militares.

Y considerado desde el inicio como meramente transitorio.

Nunca consiguió salir de esa situación de transitoriedad. En el comienzo su lucha fue, fundamentalmente, para restablecer el poder del presidente y en seguida fue absorbido por el problema sucesorio. La posibilidad de entregar el gobierno a su mayor adversario, seguramente, preocupó mucho a Jango. Repito: el gobierno de Jango nunca existió. No puede ser comparado con un gobierno normal. Nunca dispuso de suficiente poder. En realidad, Jango fue, durante casi todo su gobierno, una especie de candidato a alguna cosa y no propiamente un presidente que hubiese asumido el poder de verdad.

¿Cómo ve hoy la actuación de las fuerzas de izquierda durante el gobierno de Goulart?

En Brasil, las fuerzas de izquierda tienen un papel muy superficial, porque el propio sistema de poder es muy alérgico a su influencia o penetración. Cuando pensamos en quién controla el poder institucionalizado, el poder

de hecho, o sea, quién controla por ejemplo los departamentos del Banco del Brasil, vemos que la influencia de la izquierda es mínima. Nunca conocí ninguna institución importante en Brasil que no fuese dominada por grupos más o menos conservadores. ¿Infiltración izquierdista en el poder? Tomemos el ejemplo de la SUDENE. Fui acusado de ubicar allí a izquierdistas. Cuando fueron hechas las investigaciones después del 64, encontraron cinco o seis personas que juzgaron sospechosas.

La influencia de la izquierda se ejerció dentro de cierto intelectualismo. Por eso había personas de izquierda en los medios de comunicación y entre las que prestaban servicios de asesoría. ¿Qué instituciones importantes entregó Jango a personas de izquierda? ¿La Petrobrás? ¿El Banco del Nordeste? ¿El Departamento Nacional de Obras contra las Secas (DNOCS)? ¿El Banco del Brasil o cualquier otro órgano que manipule dinero? El poder son esas instituciones. La pregunta es entonces: ¿qué era la izquierda en Brasil? El Partido Comunista (PC), que es una institución circunscripta, limitada, más o menos conocida, consignada. No era difícil conocer las personas más o menos ligadas al PC y que buscaban ocupar posiciones, pero sin una política definida con respecto al uso de los cargos. Si se entregase la SUDENE al PC, ¿qué haría este? Proselitismo. ¿Pero qué política tendría para el Nordeste? Ninguna. El PC levantó, es claro, el problema de la reforma agraria. Pero fue por medio de personas como Josué de Castro y otros intelectuales que nunca supieron bien qué es la reforma agraria, porque nunca vieron una de cerca, que transformaron eso en un discurso. "Usted no está pensando en una reforma agraria", era la crítica que me hacían muchas personas de izquierda.

Ahora bien, además había otra izquierda, que no se confunde con toda esa perfumería de hoy. Existían personas más o menos ligadas a una cierta idea de desarrollo orientado por el Estado. Porque yo participaba de ese grupo es que me llamaban izquierdista. No podían decir que yo era del PC, simplemente porque nunca estuve ligado a él o a cualquiera de sus instituciones, ni en la juventud ni en la vejez. Pero me criticaban diciendo que yo era estatizante.

Fui director del BNDE y creía que el dinero que el banco prestaba a intereses negativos a grandes empresas como la Light debía ser transformado en una participación accionaria. ¿Y por qué no? ¿Por qué dar dinero del pueblo a la Light? Si ésta precisaba de recursos y la colectividad precisaba de sus servicios, ¿por qué la colectividad no podía tener un paquete de acciones de la empresa? El 1 o el 2 por ciento en acciones no iban a hacer que el Estado mandara en la Light. Por eso, luché dentro del BNDE para que el dinero, en esos casos, fuese transformado en participación societaria y no dado de regalo.

En aquella época luchábamos por la creación de una base industrial en Brasil y por la acción del Estado en ese sentido, por medio del BNDE. La creación del banco fue apoyada por Octávio Gouveia de Bulhões, Roberto Campos, por mí y por varios otros, porque sabíamos todos que Brasil necesitaba recursos financieros para grandes proyectos. La verdad es que el BNDE fue creado a partir de los trabajos de la Comisión Mixta Brasil-Estados Unidos y no se puede decir que lo fue con espíritu estatizante.

La izquierda brasilera, en la época de Goulart, ¿formaba un grupo organizado y con objetivos precisos, o era más fuego de artificio, agitación superficial? Porque la facilidad, por lo menos aparente, con que derrocaron a Goulart es algo que hasta hoy espanta.

La izquierda en Brasil es un estado de insatisfacción por parte de mucha gente, y gente de sentimientos nobles. Frente a un país lleno de injusticias sociales como el nuestro, muchos parecen decirse a sí mismos: "No puedo hacer mucho para cambiar esto, pero no me entrego completamente y adopto una especie de resistencia a nivel de la conciencia". Ese tipo de postura tranquiliza la conciencia de mucha gente. No podemos decir que las personas que así pensaban ejercían poder o representaban una amenaza en el sentido de que tenían un plan para tomar el poder en Brasil.

Entonces, a su parecer, ¿en aquella época no se consiguió formar ni siquiera un germen de pensamiento de izquierda coherente?

Nunca existió un pensamiento de izquierda coherente y estructurado en Brasil. Hubo, esto sí, un pensamiento ligado a la idea de industrialización, de modernización, de desarrollo del país, que se oponía a la antigua tendencia de pensar que Brasil era perjudicado por el clima, que sería siempre atrasado, que nuestra raza era inferior. Al contrario de la generación que veía las cosas desde ese ángulo, la mía era más optimista, creía en Brasil. Tomemos el caso del profesor Gudín, que es el símbolo de la generación pesimista que antecede a la mía. Él es un hombre de grandes cualidades, fui su amigo y lo respeto mucho. Pero la verdad es que jamás se preocupó por una cosa positiva en Brasil. Sé la gravedad de decir esto, ¿pero cuál fue el proyecto importante, positivo, que defendió en Brasil? No sabría decir. Pero, por otro lado, sé de muchos proyectos importantes para nuestro país y contra los cuales tomó posición. Cuando se quiso hacer Paulo Alfonso estuvo en contra, pensó que no era viable; cuando se quiso hacer la industria automovilística, también pensó que era una tontería; cuando se quiso hacer Brasilia, estuvo una vez más en contra, pensó que era una insensatez. Y así sucesivamente.

Estoy tratando de dar explicaciones sobre una determinada mentalidad y no criticar la persona del profesor Gudin, también porque, bajo todos los aspectos, es un hombre noble. Pero la verdad es que la actitud de su generación fue siempre la de negar una salida para Brasil, la pasividad frente a nuestra realidad. Mi generación se rebeló contra eso, y dijo: "No, este país se va a transformar de una manera u otra, pues hay posibilidades para ello y, por lo tanto, tenemos que asumir los destinos del Brasil".

¿No le parece que varias generaciones de militares, a partir de la década del 20, tuvieron la misma postura de su generación frente a los problemas brasileiros, a pesar de una u otra diferencia menor de enfoque? ¿Por qué existió un desencuentro?

Es evidente que gran parte de los militares que participaron en los movimientos sociales de los años 20, los del ciclo del tenentismo, eran personas que se rebelaron contra esa idea de que Brasil no tenía salida. En cuanto al desencuentro a que se refiere, en verdad la escuela de pensamiento predominante en el ejército, a partir de la creación de la Escuela Superior de Guerra, no es fruto de aquellas inquietudes y de aquella manera de ver del tenentismo, a la cual me referí. Está demasiado preocupada por los problemas de seguridad global y por la posición internacional del Brasil, elementos que pasaron a ser privilegiados en el análisis. Se pasó a considerar la posición del Brasil a partir de la confrontación del mundo occidental con la Unión Soviética, y se privilegió, en consecuencia, el problema de la seguridad. La reflexión sobre las luchas de la década del 20 no llegó a producir una corriente de pensamiento. Ese grupo no dio intelectuales. El más importante pensador entre ellos ha sido Juarez Távora, que no llegó a formular una teoría sobre los problemas brasileiros.

¿Vé entonces una inspiración común entre las inquietudes de los militares rebeldes de los años 20 y las de su generación?

Sí, existe un paralelismo entre los militares que se rebelaron contra el *status quo*, contra las viejas oligarquías, como ellos decían, y mi generación. La diferencia es que su rebelión se agotaba en sí misma, es decir, llevaron adelante su movimiento, pero nunca elaboraron, sobre la base de esa experiencia, un pensamiento estructurado.

¿No le parece que la preocupación de esos militares era mucho más política que social?

¿Cómo separar completamente las dos cosas? También para mi generación el problema era en gran parte político. Pero, vimos que sin estudiar a fondo la economía, sin un pensamiento económico, no sería posible avanzar. Esa es la gran diferencia entre mi generación y las anteriores. Fuimos los primeros en prestar atención a los problemas económicos. Para nosotros, los problemas sociales y políticos estaban íntimamente conectados con los problemas económicos. Los militares rebeldes de la década del 20 pensaban que el ataque de los problemas políticos llevaría a la solución de las cuestiones sociales. Como hombres de poder, ellos pensaron a partir de lo político. Los de mi generación, no. Lo que nos apasionó fue la comprensión del engranaje económico de la dependencia. Fuimos los primeros en plantear el debate en ese plano. La verdad es que gran parte de lo que pasó después deriva de las decisiones tomadas en la década del 50, pues, como ya dije, la base industrial se hizo en esa época. Inclusive la expansión del Estado fue preparada en la misma ocasión. No pensábamos entonces que como consecuencia de ello ciertos grupos iban a ser privilegiados, que se crearían injusticias adicionales. Veíamos en ese proyecto un tipo de corrección a nivel de la infraestructura para completar el sistema industrial y lanzar las bases de una verdadera economía moderna.

En la cronología invertida, digamos así, adoptada en esta entrevista, llegó la hora de hablar un poco de la SUDENE, ¿Cuál fue su génesis, cómo surgió la idea de un proyecto como ese y cuál fue su participación en él?

La idea de una reformulación de la política para el Nordeste se conecta con el intento de pensar al Brasil teniendo en cuenta su realidad económica. Soy nordestino, criado en el Nordeste con aquella ilusión de que la pobreza de la región derivaba de la inestabilidad del clima, de la sequía, en fin, con tendencia a ver sólo los aspectos externos de la realidad nordestina. Todo eso había sido parte de la mitología que yo había absorbido desde mi infancia. En la medida en que comenzamos a pensar el Brasil económicamente, comprendemos que gran parte del esfuerzo que realizaba la sociedad brasileira se frustraba totalmente porque no estaba ligado a ningún proyecto de reconstrucción del Nordeste. Allí las soluciones propuestas eran siempre paliativos, y la tendencia era que los medios dominaran a los fines. El embalse de agua, por ejemplo, pasó a ser un fin en sí mismo. Nadie acumula agua como si ésa fuera la meta, sino que la acumula para usarla. En una reunión en las Naciones Unidas me llamaron para que explicara cómo era posible tener varios miles de millones de metros cúbicos de agua almacenados en el Noroeste si no existían áreas irrigadas y si el agua tampoco era usada para generar energía. En aquella época no había, en el Nordeste, más de cuatro mil hectáreas regadas.

Al volver al Brasil, después de más de diez años en las Naciones Unidas, pensé en ir al Nordeste, pues allá todo

estaba por hacer. Recuerdo que me encontraba en Inglaterra cuando el presidente Juscelino Kubitschek me mando a llamar, por indicación de varias personas de aquí. Quería que volviese para ser director de la Sumoc. Felizmente, a la hora que llamó, yo no estaba, porque es muy difícil resistir por teléfono una invitación hecha por el propio presidente de la República. "Mi Dios -pensé- ¿qué voy a hacer en la Sumoc? Cuando finalmente volví fue para una corta estadía, pues estaba de paso para Chile, donde iba a reasumir mi cargo del cual tenía licencia para asistir a un curso en Cambridge. Dos colegas míos -Cleanto de Paiva Leite y Ewaldo Correia Lima- fueron a esperarme al aeropuerto y me dijeron: "Queremos que se quede en el Brasil y venga a reforzar nuestro equipo al BNDE". Lucas López había ido para el ministerio de hacienda y Roberto Campos a la presidencia del banco y dejado la superintendencia, de modo que existía una vacante. Tuve una reunión con el directorio del banco y dije que aceptaría la invitación hecha por mis dos colegas, si pudiese quedar encargado sólo de los asuntos del Nordeste. Mi propuesta fue aceptada y fui nombrado director del BNDE para el Nordeste.

Yo sabía que el banco no tenía ningún proyecto para el Nordeste y que, por lo tanto, tendría bastante tiempo para estudiar los problemas de la región. Participaba en las reuniones, redactaba proyectos, etcétera, pero, en realidad, estaba concentrado en los problemas nordestinos. En el 58 hubo una sequía e hice un viaje por la región. Junté bastante información y decidí preparar un estudio sobre el Nordeste. Un día, Juscelino, preocupado por el problema de la sequía, resolvió hacer una pequeña reunión para discutir el asunto, allá en el Palacio Río Negro, en Petrópolis. El quería mostrar que deseaba hacer algo. El Partido Socialista Democrático (PSD) perdió las elecciones del 58 en Pernambuco, Bahía y otros estados, y los políticos estaban muy preocupados. Existía también mucha presión por parte de los militares, inquietos por la gravedad del problema. También consta que algunos elementos del ejército pensaron en una intervención federal en el Nordeste. Todo eso *me* lo dijo después Juscelino.

Ya en el Palacio Río Negro, antes de que entráramos a la reunión, Cleanto de Paiva Leite, director del BNDE y también nordestino dijo a nuestro grupo: "Escuchen, yo no estoy preparado para hablar sobre el Nordeste, pues hace mucho tiempo que estoy desligado de la región. Celso ha estudiado el problema y le delego el poder para hablar en mi nombre". Todos asintieron. Entramos y sólo entonces conocí personalmente a Juscelino. Le gustaba causar impacto y dijo, al abrir la reunión, más o menos lo siguiente: "Me agradaría dar prioridad a cualquier medida, a cualquier cosa que pueda atenuar la grave situación del Nordeste asolado por la sequía". Y continuó en ese tono. Luego me pasó la palabra e hice un gran esfuerzo para, en 20 minutos, trazar un cuadro de la situación del Nordeste y sugerir un diagnóstico. Dije que la política hasta entonces seguida había sido equivocada, que era preciso repensar todo y encarar una política global, que no se fijase sólo en la sequía, que abarcara todos los aspectos fundamentales del problema del Nordeste: incorporación de tierras húmedas, utilización del agua almacenada para riego, creación de una infraestructura, unificación del mercado de la región, etcétera.

¿Cuál fue el impacto producido por su exposición?

Juscelino quedó atónito, también perplejo y me dijo: "Pero ¿por qué no me presentó antes esas ideas? Me gustaría haber iniciado un plan como el que sugiere en el primer año de mi gobierno. Hubiera dado entonces al Nordeste la misma prioridad que dí a Brasilia. Pero nunca es tarde para comenzar una obra como ésa y quiero que mi gobierno sea señalado por haber iniciado una gran y nueva política para el Nordeste. ¿Cuánto tiempo quiere para poner todo eso por escrito? Porque voy a lanzar esa política". Pedí tres semanas, porque ya tenía todo el material listo. Estuvo de acuerdo y le pidió a Setre Camara, quien además fue el que articuló todo el asunto: "Para tal día, convoque a todos los gobernadores del Nordeste, todos los diputados y senadores de la región, todo el gabinete y todo el mundo interesado en los problemas fundamentales del país, porque quiero hacer una declaración pública anunciando que el Nordeste va a tener prioridad en mi gobierno. Y usted, Celso, está encargado de hacer, en esa ocasión, una exposición sobre la política que voy a ejecutar en el Nordeste". A partir de ese momento no tuve más paz porque, al ser divulgada la noticia, todos los políticos del Nordeste comenzaron a llamarme para saber qué iba a proponer en términos prácticos.

Mi suerte era que, como director del BNDE, tenía me-dios de encerrarme, de esconderme. Y fue lo que hice. Trabajé día y noche. Y mi suerte fue que, al promediar las tres semanas que me diera Juscelino empezó el Carnaval y conseguí aumentar el plazo a cinco semanas. Cuando finalmente se realizó, en el Palacio do Catete, la gran reunión que quería, Juscelino leyó una rápida exposición que había preparado para él y me pasó la palabra. Hice una exposición de 40 minutos, presenté un diagnóstico del problema y mostré las soluciones propuestas. "¿De dónde salió ese sujeto?", era una de las preguntas que más se oía en la reunión. Y de la noche a la mañana me transformé en el centro de las atenciones y de las presiones de todos los interesados en los problemas del Nordeste. Y así nació la llamada "Operación Nordeste". A Juscelino le gustaba el término operación, tanto que ya había lanzado la "Operación Panamericana". Inmediatamente se creó el Consejo de Desarrollo del Nordeste (CODENO) y publiqué un trabajo de 110 páginas, sintetizando lo que pretendía hacer, con el título *Uma política, para o desenvolvimento do Nordeste*. Así nació la SUDENE, en condiciones excepcionales desde el punto de vista político.

¿Cree que Juscelino estaba preparado para el resultado de la reunión de Petrópolis?

Pienso que sí, porque quería hacer algo por el Nordeste. "Lamento mucho -me dijo él-- que sólo me quede un año de gobierno, pero haré todo lo que esté a mi alcance, en el tiempo que me resta, y lo que usted me sugiera". Entonces pasé a tener realmente un poder enorme.

¿Le dió entonces todas las facilidades?

Sin duda. El problema fue que en el corto lapso que restaba hasta el término de su mandato no fue posible hacer mucho. Como director del BNDE, conseguí movilizar recursos para comenzar una serie de estudios, pues primeramente era preciso saber con exactitud qué era el Nordeste. Mientras el Congreso discutía la nueva política para el Nordeste y la ley que creaba la SUDENE, lo que duró varios meses, tuve tiempo para reunir las informaciones necesarias y coordinar ideas y proyectos. Se trataba de atacar simultáneamente una serie de frentes, para trazar una política global para el Nordeste. Tuve total apoyo de Juscelino, de la misma manera que lo tuve de Janio Quadros y, como ya dije, también de Jango. Esto constituyó un verdadero milagro; pasó lo siguiente. Conseguimos hacer valer la tesis de que los problemas del Nordeste eran demasiado importantes para ser ubicados en términos de política partidaria. Nuestro partido debería ser el Nordeste. La región era tan débil dentro del Brasil -argumentaba yo- que tenía que ser ella misma su propio partido.

Así, cuando llegaron las elecciones presidenciales reuní a todos los gobernadores, que eran mis amigos, y les expliqué la situación. No podíamos correr el riesgo de perder las elecciones, en ningún caso. Por In tanto, cualquier candidato electo tenía que ser nuestro candidato. Para ello, se estableció que cada gobernador apoyaría, naturalmente, al candidato que quisiese, pero le debería exigir prioridad para la nueva política del Nordeste. Así, tanto Lott como Janio se comprometieron ante la opinión pública. Se explica así que Janio Quadros no haya tenido ninguna duda en invitarme a permanecer en mi puesto. A propósito, fui la única persona del gobierno de Juscelino que, ocupando un cargo de alta responsabilidad recibió esa invitación. Su escoba no llegó a la SUDENE.

¿Cómo ve hoy, pasados 20 años, la SUDENE? O mejor todavía, ¿cómo ve el Nordeste?

Vamos primero al caso de la SUDENE. Continúa allá, tiene muchos técnicos de buena calidad que hacen estudios interesantes, pero no tiene nada más que ver con la SUDENE que creamos. Porque la SUDENE que creamos era, en verdad, la manifestación de una voluntad política del Nordeste. El órgano supremo de la SUDENE era el Consejo Político, constituido por los gobernadores, que se reunían todos los meses para definir la actuación del órgano, más allá de las divergencias partidarias. Y el superintendente tenía grandes poderes porque representaba al presidente de la República en el Nordeste. Nuestra teoría era la siguiente: Brasil debe ser pensado también a partir del Nordeste. No se trataba, pues, de obtener una ayudita para la región, sino pensar el Brasil desde el Nordeste. Y esto sólo sería posible en términos de voluntad política. Así era la SUDENE. Hoy es una repartición del ministerio del interior, y su actividad se decide en Brasilia. Son los funcionarios que están en la capital federal los que dicen lo que se va a hacer o no. En fin, es un órgano de la burocracia federal centralizada en Brasilia. Y el Consejo de la SUDENE, evidentemente, sólo tiene sentido en la medida que exista un proceso político abierto, en el cual los gobernadores tienen un poder real, porque se elijen directamente. No es que hoy la SUDENE sea buena o mala, sólo es otra cosa.

Vamos ahora a la pregunta sobre el Nordeste. Hoy es bastante diferente a lo que era en mi época. No digo que mejoró como esperábamos, pero sí que es diferente. Existió en la región un fuerte proceso de modernización. Hoy existe una fachada moderna en las zonas litoraleñas. El gobierno realizó importantes gastos por medio de las universidades, lo que permite la creación de empleos calificados, de un sector terciario importante. El sistema de producción nordestino también sufrió cambios, pues la industria de la región no tiene nada que ver con la del pasado. Antes era en gran parte reflejo del propio Nordeste, ligada al mercado local, a condiciones específicas de la región. Hoy es esencialmente un complemento, una parte de la industria del sur.

Por otro lado, como la industrialización creó relativamente pocos empleos, y principalmente en los sectores terciario e informal, el resultado es que la matriz social nordestina propiamente dicha no se modificó casi nada. El mundo rural nordestino no es muy diferente de lo que era en aquella época. El Nordeste exige hoy un nuevo diagnóstico, un nuevo estudio global, una nueva reflexión, que no puede ser deducida de lo que dije hace 20 años. La región continúa siendo un gran problema para Brasil, porque el grueso de la miseria del país está concentrado allá, donde las disparidades sociales son mucho más graves de lo que son en el sur. El Nordeste es sólo un apéndice del sur. Todo lo que allí acontece es más o menos reflejo de lo que sucede en el sur. La industria refleja lo que pasa en el sur y la sociedad vive más o menos en función de esas transferencias que se realizan. Hoy gran parte de la sociedad nordestina, sin hallarse integrada a la sociedad brasilera porque es

distinta bajo muchos aspectos-- es totalmente dependiente, y no en términos estrictamente económicos.

En tanto pionero de la política de incentivos fiscales para el Nordeste, nos gustaría saber qué diferencia establece entre la concepción que existía de ellos en su época y la existente hoy.

Los incentivos fiscales no pueden ser considerados sino en el cuadro de todos los incentivos, o mejor, de todos los recursos que el gobierno utiliza como instrumento de política. La idea de los incentivos fiscales surgió en 1961, en el gobierno de Janio Quadros, cuando se dio la reforma cambiaria y la reglamentación 204 de la SUMOC eliminó todos los incentivos cambiarios. Brasil es un país que siempre utilizó incentivos, particularmente para el sector industrial. En la década del 50, los incentivos cambiarios llegaron a representar una parte substancial del esfuerzo de acumulación en el sector industrial. Muchos proyectos industriales tenían cerca del 50 por ciento del valor de los equipamientos cubierto por aquellos incentivos. Existían también los incentivos crediticios, pues el BNDE prestó mucho a tasas de interés ampliamente negativas. La industria del sur se creó sobre la base de una batería considerable de incentivos.

En el primer Plan Director de la SUDENE -que redactamos- nos orientamos mucho por los incentivos cambiarios. Como el Nordeste es una región que tiene saldo cambiario positivo, que siempre dio divisas al Brasil, es natural que reivindicó incentivos -en una época de política cambiaria- más que cualquier otra. Con el fin de los incentivos cambiarios en el 61, demostré al presidente Janio Quadros que el Nordeste no podía quedar sin otro tipo de incentivo. Fue entonces, en función de eso, que surgieron los incentivos fiscales, inspirados en la ley italiana de recuperación del Mezzogiorno.

Pero la ley que creó la SUDENE, hecha y reglamentada a partir de mis sugerencias, era muy clara sobre un punto: el incentivo, cualquiera que fuese, no era un "derecho" de ninguna parte de una política de desarrollo. El incentivo fiscal puede ser expectativa de un derecho por parte del empresario, pero no un derecho. Ninguno tiene derecho a incentivos, porque el dinero pertenece a la colectividad y tiene que ser aplicado dentro de un plan, como decía la ley de la SUDENE, en proyectos considerados prioritarios desde el punto de vista del desarrollo del Nordeste. Lo que pasó posteriormente fue que se imaginó que el incentivo era un derecho. Las personas hacían proyectos y salían por ahí acaparando incentivos. Consecuentemente, se crearon intermediarios que buscaban los recursos y, como contraparte, ganaban grandes comisiones. De esa forma, los incentivos fueron disociados de una verdadera concepción del desarrollo de la región.

Se nota una gran insistencia de su parte en aquello que es transparente y democrático, o sea, en el control y la crítica de la sociedad debe ejercer, tanto en el terreno político como en el económico. ¿Qué posibilidad ve hoy de que eso se vuelva algo concreto y efectivo en el Brasil?

Soy optimista en ese respecto, porque hay múltiples señales de que la sociedad civil brasilera se está estructurando progresivamente y de que la tradición paternalista y la vieja tendencia corporativista que prevalecieron en la historia de Brasil pueden ser superadas por esas nuevas fuerzas, esas *nuevas* tendencias estructurales que se manifiestan. San Pablo es un buen ejemplo, con las variadas manifestaciones de un cuerpo social estructurado, capaz de producir pensamiento, ideas y luchar por ellas. Las viejas instituciones brasileras derivan de una estratificación social muy rígida. No podemos olvidar que Brasil no es un país común. Nuestra sociedad se formó a partir de intereses muy definidos de la Corona portuguesa. No tuvimos la ventaja de los Estados Unidos, donde un gran número de disidentes políticos de la metrópoli se instaló en Nueva Inglaterra, preocupado por sus propios intereses, con una visión propia del mundo y de la organización social. Brasil fue, inicialmente, una organización económica para la producción de azúcar, etcétera, a partir de un proyecto muy claro de alianza entre una clase burguesa y la Corona portuguesa, Nuestra sociedad tampoco surgió de la evolución de las viejas culturas tribales, hecho que tiene aspectos positivos y negativos. Uno de los principales fundamentos de la sociedad brasilera fue, desde el inicio, la jerarquía, elemento siempre presente en toda la estructura económica. Una fábrica de azúcar es, por definición, jerarquizada. Nuestra sociedad fue demasiado marcada por esa jerarquización, esa estratificación y ese sentido de unificación, elementos que hacen que la definición de los objetivos venga de arriba hacia abajo.

Lo que es extraordinario en Brasil -y creo que deberíamos reflexionar más sobre eso- es que las élites, los que pensaban en esos términos de "arriba hacia abajo", heredaron de los portugueses una gran idea, una concepción muy clara de que existe un interés nacional por encima de todo.

Portugal existió como una afirmación contra una potencia mayor que siempre negó su existencia. La mayor amenaza era contra la propia existencia de un Estado portugués. Esa idea, aparentemente, fue transmitida al Brasil. Vemos entonces que, desde los orígenes de la Independencia, las élites tuvieron una fuerte conciencia nacional. Si Brasil se mantuvo unido y atravesó tantos percances fue porque existió una continuidad de aquella visión heredada de los portugueses. Consecuentemente para ellas la nación brasilera existe, el pueblo no. El pueblo era otra cosa. Para ellas existía y existe la nación brasilera y sus intereses, siendo que el Estado es una de

las expresiones mayores de esos intereses.

Esto no tuvo sólo aspectos negativos. El proceso de formación del Estado nacional en Brasil fue mucho más fácil que el de otros países de América Latina. Por ejemplo, para citar un caso, Argentina vivió medio siglo de guerra civil. La facilidad con que se formó el Estado nacional brasileiro es un aspecto positivo de la herencia portuguesa, que se transmitió a las élites brasileiras. También diría que Brasil existe tal como es porque esas élites conservaron la idea de que el interés común de la nación era su mayor responsabilidad. Como contraparte, ese elitismo excluía completamente la participación del pueblo, la idea de que Brasil fuese un pueblo con aspiraciones de cambio.

A pesar de ese, el pueblo se fue formando. Esclavos, no esclavos, inmigrantes, todos esos grupos se fueron mezclando y formando un pueblo que de vez en cuando explotaba aquí y allá, pero sin mucha idea del interés global. Sin embargo, progresivamente, esa masa tiende a homogeneizarse y se comprueba entonces que ese pueblo, que siempre fue dejado de lado, tiene una tremenda fuerza creadora. Por el mismo hecho de que no internalizó los valores de las élites. Al contrario de otros, nuestro pueblo no fue domesticado por las élites. En Brasil existió una especie de disociación. En el siglo XIX, nuestra élite estaba volcada hacia Europa mientras, el pueblo continuaba formándose, separadamente. Y comprobamos, curiosamente, que toda vez que surge algo realmente original en la cultura brasileira tiene raíces en el pueblo, no en la élite. El siglo XVIII produjo a Aleijadinho, que es un genio indiscutible y estrictamente un hombre de pueblo. En el siglo XIX, tenemos a Machado de Assis, que es también un hombre que vino del pueblo, no obstante disfraza su fachada. Y si Machado sobresale entre los escritores de su época es porque siempre dudó de los valores de la élite. Su feroz humorismo refleja exactamente una crítica profunda del sistema de valores establecidos en aquella época. Y en la primera mitad del siglo XX, tenemos a Villa Lobos, que fue a buscar su inspiración en el pueblo.

Hoy, en la medida en que sociedad civil se va estructurando, el pueblo se va manifestando y reclamando su participación en la vida nacional y en la definición del Estado. Estoy convencido de que, si la evolución continúa en esa dirección, Brasil será uno de los centros importantes de creatividad cultural del próximo siglo. Porque será difícil encontrar otro pueblo con tantos elementos de originalidad como el nuestro, que bebió en tantas fuentes y no se transformó en una manta de retazos. Nuestro pueblo está rompiendo el caparazón que fue establecido siempre como una especie de separación para que no llegara hasta la cima. Esto en términos políticos. La cultura de las clases superiores, a su vez, venía en gran parte de afuera e ignoraba al pueblo. Pero Brasil será finalmente asumido por su pueblo y se transformará en un significativo espacio de creatividad. Mi idea sobre el proceso actual -la manifestación de una sociedad real, en un espacio que era antes controlado de arriba hacia abajo, tutelado- es que imagino para el pueblo brasileiro algo mucho más profundo, que viene de muy atrás y que tal vez ninguna fuerza pueda detener más.

Para terminar, de los libros que escribió ¿cuál considera más importante o, si prefiere, cuál le gusta más?

Me gustan tres libros. Uno nadie lo conoce, un libro de cuentos que escribí cuando era joven. Son cuentos que trascurren en Italia, durante la guerra, cuando fui soldado raso. El editor quebró, por suerte para mí. Me preguntaron qué hacer con el stock y lo mandé quemar. El otro es mi libro sobre Brasil, que tardé diez años en terminar *A Formação Econômica do Brasil*. Mi gran desafío, desde la universidad, era comprender el Brasil. Y finalmente el último libro que escribí *Criatividade e dependência*- porque es una crítica global de la actual civilización. Cuando digo que Brasil será uno de los centros de la creatividad, significa que va a crear en una civilización de transición, con la posibilidad, por lo tanto, de ejercer un rol paradigmático. Digo civilización de transición, porque la actual, queramos o no, está en crisis. Ese es un libro de madurez, o sea, de aquella fase en que ya agotamos gran parte de los mitos de los cuales nos alimentábamos. Esto no significa que no tenga una visión optimista del futuro, sino que se trata de un libro de denuncia de una civilización que se dejó dominar por la lógica de los medios. Por eso, es medio nietzscheano, en la medida en que se basa en la idea de que el hombre se está creando, se está auto-inventando.

La creatividad y la fuerza de nuestra cultura son muy impresionantes. Brasil fue invadido por la música de discoteca. Se llega a Orós, en el infierno del Nordeste, y allá está la "Discoteca Orós". Pero en el Nordeste ya se comienza a hablar nuevamente en "fórró" y aquí en el Sur en "gafieira". Ese tipo de reacción no existe en otras partes del mundo. Se va a los países llamados socialistas, por ejemplo, y se comprueba que sólo reproducen la música occidental, que no tiene ninguna creatividad en ese plano. Soy profesor en Europa, ya enseñé en los Estados Unidos y puedo asegurar lo que es la capacidad de imaginación de los jóvenes brasileiros, así como la facilidad que tienen para encontrar medios de adaptación a nuevas situaciones. En eso se puede ver nuestro lado macunaímico, pero la verdad es que el brasileiro vive en una sociedad tan rígida, en un sistema de decisiones tan estructurado, que desarrolló tales medios de adaptación, tal genio de sobrevivencia, tal capacidad de hacerse de tripas corazón, tiene tal inventiva a flor de piel, que todo eso no deja de constituir un rasgo cultural. Estoy convencido de que difícilmente se encontrará un pueblo con la inventiva del brasileiro.

Viví muchos años afuera, observando, y estoy seguro de que tenemos frente nuestro un nuevo período de nacimiento del pueblo, de estructuración de la sociedad, de su manifestación y de creación del aparato institucional. Yo, por lo menos, me aferro a ese optimismo. No veo al Brasil en ninguna línea suicida.